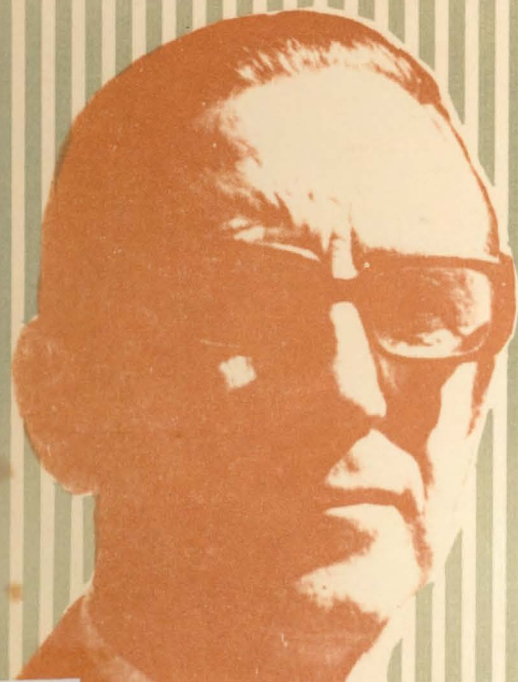


COTELO - REAL DE AZÚA

Carlos Real de Azúa

de cerca y de lejos

Ruben Cotelo



3

**cuadernos uruguayos
ediciones del nuevo mundo**

REAL
co .

Para Lisa Block a Behar,
atentamente

RC

19 Oct. 1987

1548
1342
CO

**Carlos
Real de Azúa**

de cerca y de lejos

**Diez bocetos
sobre su personalidad**

Ruben Cotelo

**cuadernos uruguayos
ediciones del nuevo mundo**

© 1987, Ruben Cotelo

© 1987, para la presente edición:
Ediciones del Nuevo Mundo
Juan María Pérez 2912
Montevideo

Esta obra fue escrita especialmente para las "Jornadas de Homenaje a Carlos Real de Azúa", organizadas por la Biblioteca Nacional en el mes de julio de 1987. La editorial agradece a dicha institución que haya autorizado la presente publicación.

PROLOGO

Muerte en Sicilia

A principios de abril de 1917, hace ya setenta años, un hombre corpulento, de largos brazos caldos y rostro algo triste, se registró en el Hotel des Palmes, en Palermo. Llegaba del norte y había visitado Nápoles, que le pareció una ciudad muy española, y como cualquier turista recorrió Sorrento, Capri, Castellamare. La guerra y el frío lo indujeron a abandonar París, donde pensaba instalarse durante años, y buscar refugio en las tierras cálidas y soleadas del sur de Italia. Era uruguayo y famoso en el ámbito de la lengua española, pero en Italia no lo conocían. Venía muy enfermo, había visitado médicos durante el trayecto hacia el sur y no sabía que viajaba hacia el encuentro de su muerte. Solterón y sin hijos, había vivido siempre en casa de sus padres, en Montevideo. Tenía cuarenta y cinco años y viajaba solo.

El conserje llamó a un muchacho, quien recogió el equipaje del señor y lo acompañó hasta su habitación, la 215, con balcón hacia el jardín. Para la cena, el huésped pidió leche y agua mineral, que era quizá lo que le prescribieron los médicos.

El viajero salía poco del Hotel y con nadie hablaba, excepto para ordenar comidas muy frugales. Se sentaba a veces cerca de la recepción, donde el conserje y los propietarios del hotel lo observaban beber a sorbos su agua mineral o una taza de caldo. Durante horas se quedaba ensimismado y hundido en el sillón, la mirada perdida en un punto fijo. Algo raro habla en ese rostro melancólico, cuyos bigotes sin recortar bajaban por el borde de los labios, que alejaba a los demás. Pese al aspecto exterior descuidado, ropa vieja y gastada, botines sin lustrar, su aspecto exterior conservaba una grave dignidad que, al tiempo que ponía distancia, también obligaba al respeto.

En aquellos años, cuando el baño de los hoteles se hallaba alejado de los dormitorios, era preciso ordenar a la camarera el agua caliente, el jabón y las toallas. El personal del hotel testimonió después que no recordaba que el viajero hubiera solicitado esos servicios de higiene durante su permanencia, casi un mes. Con nadie habló, excepto para pedir sus muy ocasionales comidas.

La mañana del 28 de abril de 1917, al levantarse de la mesa donde tomara su desayuno, confesó por fin a la camarera que se sentía muy mal. Horas más tarde pidió que le trajeran un médico. Cuándo éste llegó, lo encontró retorciéndose de dolor en la cama. Como no hablaba, el

diagnóstico fue imposible. El 30 de abril, por la noche, lo metieron en un carruaje y lo llevaron al hospital de San Saverio. La ciudad estaba a oscuras y solitaria, por las restricciones de la guerra. Cuando el viajero llegó al hospital, ya estaba en coma. Murió a las diez de la mañana del 10. de mayo. Al revisar los propietarios del hotel las pertenencias del huésped muerto, supieron algo más de él y telegrafiaron al consulado uruguayo, informándole que había muerto José Enrique Rodó.

*

Afirman los matemáticos que el azar está sometido a leyes; agregan que además esas leyes son significativas. No se sabe empero qué mérito tienen ellas en la vida literaria y cultural de un país. Sucede que en 1987 están coincidiendo dos aniversarios: los setenta años de la muerte de Rodó y los diez de la desaparición de su mejor crítico y tasador, Carlos Real de Azúa, objeto del presente trabajo.

En estas distancias, las que van de 1917 a 1977, y desde ambas a 1987, hay abismos históricos, pero también paralelos notables. No se trata de que fueron dos muertes solitarias, puesto que todas son asuntos que uno arregla solo y en privado. Se trata de sus ecos y resonancias. Estas sí marcan distancias, épocas y sociedades.

La noticia de la muerte de Rodó se supo en Montevideo tres días después de ocurrida. De creer en el testimonio de Victor Perez Petit, mugieron esa tarde las bocinas de los diarios y mucha gente se agolpó ante las pizarras de La Razón creyendo que se anunciaba una noticia importante de la primera guerra mundial o de la formalización del acuerdo político que sacara del pantano las negociaciones entre una constituyente anticollegialista y un legislativo colegialista.

Al difundirse la mala noticia, hubo pesadumbre y tristeza en la Ciudad Vieja, donde por entonces se concentraba la vida social de la ciudad, y hasta los estudiantes, en señal de duelo, suspendieron una manifestación de protesta contra un rector malvado. Aunque Rodó había sido profesor durante poco tiempo, se había postulado, con Ariel (1900), como maestro de juventudes. Pese a la reticencia de El Día, debido al notorio antibaillismo de Rodó y que el propio Batlle no olvidaba ni olvidaría, diarios y revistas de este país y de América, con el número extraordinario de la prestigiosa y argentina Nosotros a la cabeza, en ese mismo mes de mayo, se sumaron a la congoja producida por la muerte del escritor y allí mismo se inició la hagiografía del Maestro.

Nada similar, todo lo contrario, sucedió con la muerte de Real de Azúa, rodeada por un hosco y hasta resentido silencio. El país padecía

en 1977 la segunda gran oleada represiva de la dictadura y él era uno de los tantos profesores destituidos, simplemente porque era políticamente poco confiable.

Dos épocas y dos sociedades, por cierto. En Rodó se reconocieron las calidades literarias de su obra y el prestigio que ella trajo al país. Real de Azúa, en cambio, representaba ya al intelectual apestado, por su belicoso compromiso social, por su manía de disentir, por su tímida resistencia a toda clase de oficialismo, por su marginalidad, heterodoxia e independencia.

Estas son las distancias. Sin embargo, a medida que yo iba redaciando las páginas que siguen, se fueron imponiendo afinidades y paralelos que comenzaron siendo, en el análisis y confrontación, nada más que superficiales y luego se revelaron con signos culturales que merecerían un escrutinio más lento y pausado que el reservado en algunos apuntes que he trazado aquí. Puesto que Rodó fue el único escritor que logró fijar y retener la atención de Real de Azúa durante cuarenta años, parece instalarse como una de las grandes e insoslayables personalidades en nuestra breve vida literaria. Será preciso trabajar más sobre estos acercamientos.

Algo similar aconteció cuando fue convocada, por la crónica, la figura de Alberto Zum Felde, que Real de Azúa trató de manera tan poco equitativa. Fue como en el teatro y en la historia, donde personajes y protagonistas, una vez presentes, insisten en participar tanto en los diálogos como en el trámite de la acción. Tres destinos, entonces, los de Rodó, Zum Felde y Real de Azúa, cuyos encuentros y desencuentros, discrepancias y latentes cordialidades, de alguna manera han tejido el revés y el derecho de una parte del frágil tejido de la cultura nacional en lo que va del siglo.

Todo esto se menciona, por vía incidental y prologal, a los efectos de sugerir cuánto más queda por investigar, a fondo y contextualmente, en torno a Real de Azúa y sus predecesores. Aquí van apenas algunos esbozos, tan sólo diez, de su biografía intelectual y de su personalidad como ensayista muy peculiar. El repaso de su obra, tan dispersa y maltratada por la edición, mostró tres o cuatro temas o preocupaciones centrales, que son los que se estudian con el sencillo propósito de estimular el diálogo y el debate sobre un escritor hoy silenciado, pero que fue en vida uno de los grandes animadores intelectuales del país. Sin contar que, como persona, fue un hombre tan encantador como inolvidable. A diez años de su muerte, su recuerdo enriquece la memoria de quienes fueron sus amigos. ¿Y quién no era amigo de Carlitos?

En los párrafos anteriores va tácitamente dicho, y ahora expresamente confesado, que el ánimo del presente intento es por cierto reivindicatorio. Las páginas que siguen son el producto de una confabulación con el poeta Enrique Fierro, director de la Biblioteca Nacional. Fueron redactadas para que sirvieran de ponencia inicial en unas jornadas o seminario de varios días sobre la obra de Real de Azúa, y con motivo de cumplirse, en julio de 1987, el décimo aniversario de la muerte del escritor. Enrique Fierro y la Biblioteca Nacional organizaron ese ciclo, al que han sido invitados a participar y auspiciar el Ministerio de Educación y Cultura, la Universidad de la República, el Instituto de Profesores Artigas, y todas las instituciones a las que Real de Azúa estuvo vinculado. Va mi reconocimiento a Enrique Fierro por el estímulo que me concedió.

Algunos fragmentos de este trabajo fueron adelantados por la revista *Vuelta*, de Buenos Aires, y por el semanario *Alternativa*, de Montevideo, siempre con el propósito de mantener vivo el recuerdo de Real de Azúa y ambientar las jornadas de la Biblioteca Nacional.

Basta hojear el libro para advertir que él se basa exclusivamente en los materiales publicados de Real de Azúa. En malos momentos para el país, Carlos Filgueira me pidió que custodiara parte de la papelería inédita del escritor, que incluía varios libros que todavía, hasta hoy, no han sido publicados. Por cierto que antes de devolverlos como correspondía y cuando se despejó el panorama político del país, los leí atenta, cuidadosa e incluso provechosamente. Pero no quise adquirir ventaja sobre la base de ese privilegio y redacté la crónica que sigue, solo con la esperanza de que la memoria no me hiciera traicionar el sentido de lo que había leído. En esos materiales inéditos hay trabajos para otros, felizmente.

Durante los años sesenta recensioné y comenté los libros que Real de Azúa iba publicando. Lo escrito ahora tiene poco o nada que ver con aquellas extensas reseñas periodísticas, que hoy conservan apenas valor histórico. Lo de este libro no las niegan ni refutan; es en todo caso otro enfoque, que complementa y prolonga lo dicho hace tantos años. Todos hemos cambiado y supongo que es otro síntoma de la vigencia y vitalidad de lo escrito por Real de Azúa que él haya impuesto una relectura y reconsideración actual de sus ensayos. Otros especialistas y sobre todo el público tienen ahora la palabra.

El azar, las coincidencias de aniversarios, las trampas de la memoria, el curso mismo de la crónica emprendida, determinaron una obertura que proyecta a este libro al año siguiente del nacimiento mismo de Real de Azúa. Este, en efecto, había nacido un año antes de la muerte de Rodó en

Sicilia. A este santón de las letras uruguayas le dedicó su iniciación como escritor, a los veinte años, 1936. La primera salida de este niño prodigio fue adelanto, preludeo y anuncio de la generación que más tarde sería bautizada o inventada como la del 45 por Emir Rodríguez Monegal.

Esa generación contribuyó mucho a mantener vivo el diálogo con un escritor a quien la devoción oficialista convirtió en monumento de pesado bronce y basamento de granito gris. Pero todos fueron abandonando al Maestro, en algún momento de sus obras. Quien no lo abandonó sino en 1976, un año antes de su propia muerte, fue Real de Azúa. Si la esfinge lo atrajo magnéticamente, por algo será.

La memoria y la crónica no son, pues, tramposas. Tienen su propia lógica. Soy yo, en todo caso, el incapaz de leer e interpretar todos sus signos. Algo intuí en el capítulo final, casi un epilogo y en realidad una despedida. Por eso deseo que la sombra de Rodó presida esta evocación de Real de Azúa.

Enero/junio de 1987

I EL PEREGRINO

En plena guerra mundial, un día a comienzos de 1942, Carlos Real de Azúa, estudiante de derecho de veinticinco años y profesor de literatura en la enseñanza secundaria, tomó un barco y viajó a España, a donde nadie iba entonces, de la que se iban todos los que podían.

Desangrada y empobrecida por la guerra civil terminada menos de tres años atrás, España padecía su época más oscura y represiva. Francisco Franco, para unos caudillo por la gracia de Dios, para otros el sapo asqueroso y ladrón del impropio de León Felipe, calculaba con astucia milimétrica los avances de la guerra mundial y aguardaba los resultados, para irritación de su aliado Hitler, a quien entregaba alimentos, el hierro de Vizcaya y los miles de combatientes de la División Azul que morían en el frente de Stalingrado.

Extraño y contradictorio viaje el de Real de Azúa, emprendido en el sentido inverso a la historia, como una suerte de viaje interior a los orígenes de sus convicciones espirituales y políticas, para verificar qué había pasado con ellas y confrontarlas con la realidad, convicciones ya un tanto cuestionadas en su mente y tan oscilantes como la cubierta del barco al que ascendió en el puerto de Montevideo. Viaje solitario y a contramano, personal e inquisitivo, confrontación y examen de muy recientes simpatías falangistas, repetición y anticipo de otras salidas políticas, no todas fracasadas, ninguna candorosa ni inofensiva. Viaje anticonvencional, emprendido mientras muchos de sus compatriotas se enrolaban en las filas de la Francia Libre o eran contratados por la BBC de Londres como locutores de sus emisiones en español. Viaje formativo a un país donde no florecía el limonero goetheano porque allí crecía y se afianzaba el Estado totalitario.

Casi un cuarto de siglo después se refirió públicamente, en términos desafiantes a ese viaje: "Una experiencia que fue fundamental en mi vida"¹.

España se había puesto al margen, hosca y agotada por la guerra civil. A esa marginalidad viajó Real de Azúa como en un acto premonitorio, ya que siempre se situaría intelectualmente al margen, barroco individualista que interrumpía la placidez de sus vastas lecturas con belicosas, fulminantes y casi deportivas incursiones políticas, de las que retornaba machucado y sonriente a la casa de sus padres.

Sobre España y su experiencia personal escribió entre 1942 y 1943 un libro², que no se distribuyó comercialmente. Circuló entre sus amigos y familiares, consciente el autor de que cerraba una etapa de su vida, molesto por los equívocos que podía engendrar en contextos de puritanismo democrático. Hasta muchos años después, pero ocasionalmente, Real de Azúa metía la mano en un fresco, oloroso ropero de cedro donde guardaba los saldos de la edición para extraer un ejemplar que obsequiaba como prenda de amistad y confianza. El acto de desprendimiento venía precedido y sucedido de resignadas refutaciones acerca de las ingenuidades juveniles del texto y el daño que ellas le habían hecho. Modestia y hastío, porque él —finísimo tasador de cualquier texto— conocía perfectamente la calidad que su obra primeriza ofrecía y sigue ofreciendo como testimonio y documento, análisis y reflexión sobre temas en su momento originales. Lo dejó dicho: el libro fue "uno de los primeros estudios sistemáticos de la sociedad totalitaria [...] y uno de los primeros sobre el recién instaurado régimen franquista"³.

Nunca quiso reeditar, sabedor de que habría de redactarlo a nuevo, ampliarlo como un maniático del matiz y actualizarlo con la última bibliografía universal. El libro, como tal, era irreplicable, del mismo modo que la España que él conoció durante unas semanas se había transformado en otra y la suya se había convertido en polvo de la memoria. Respetó entonces al joven de veintiséis años que escribió el libro, del que nunca renegó pero en el que se reconocía sólo parcial y fugazmente, ya devorado por el tiempo.

Real de Azúa padecía una suerte de iconofobia, se resistía a que lo fotografiasen y por eso se conservan tan pocas imágenes suyas⁴. Sentía horror a que lo fijaran o a estereotiparse él mismo. Esto explica que, siendo un reconocido y respetado erudito, haya preferido expresarse a través de diarios, semanarios y revistas, no en el libro que congela, coagula y permanece. Median dieciocho años entre su primer libro y el segundo, y parece significativo que apenas en tres o cuatro ocasiones haya permitido la reedición de algunos de sus torrenciales escritos presentados como artículos, negación del periodismo. Debe interpretarse en el mismo sentido el hecho que haya dejado no menos de ocho libros inéditos, uno de ellos, sobre el tercerismo, finalizado catorce años antes de su muerte, en tanto que otros eran incluso anteriores a su viaje a España.

Primer rasgo, entonces, de su personalidad: horror a permanecer, a fijarse, a cristalizarse, a encasillarse o a permitir que lo encasillaran y

estereotiparan. Esta obsesión casi supersticiosa por la fugacidad y el instante pudo interpretarse equívocamente como desconcertante inconstancia, cuando en realidad ocultaba una angustiante dialéctica consigo mismo y el mundo de las ideas, movable y cambiante, fiel a su propio método y a la inapresable temporalidad. En la subyacente metafísica de sus escritos y actitudes personales, desmarcarse no negaba el compromiso; por el contrario, lo reforzaba éticamente con el ejercicio pleno de la libertad.

Aunque muchas páginas de *España* han marchitado de manera irrecuperable, la relectura, efectuada más de cuarenta años después de publicado el libro, confirma que el resto conserva vigencia, en particular con relación a la posterior carrera del autor. Allí se encuentra el germen de su método de inquisición histórica y política; allí está el esbozo incipiente de los tres o cuatro temas principales en torno a los cuales se cumplió una de las tareas ensayísticas más originales, removedoras y estimulantes que se produjeron en el Uruguay.

NOTAS DEL CAPITULO I

1 Carlos Real de Azúa, "Segunda respuesta [a] un segundo", *Epoca*, Montevideo, 4 de febrero de 1966, p. 2

2 *España de cerca y de lejos*, Montevideo, Ediciones Ceibo, 1943, 311 pp. De ahora en adelante se le citará como *España*.

3 "Segunda respuesta...", cit.

4 Lisa Block de Behar, "Carlos Real de Azúa", en *Jaque*, Separata, 13 de julio de 1984. Este suplemento contiene valiosas colaboraciones y es uno de los escasos aportes al conocimiento de la vida y la obra del escritor. Fue publicado al cumplirse el séptimo aniversario de su muerte.

II JOSE ANTONIO

Educado en instituciones católicas y tradicionalistas, Real de Azúa tomó partido, a los veinte años, producido en España el levantamiento del 18 de julio de 1936, por la causa nacionalista, muy minoritaria en el Uruguay, donde la defensa de la República alentó durante muchos años fervores literarios y populares.

Muy ocasionalmente, en escritos posteriores, hizo referencias autobiográficas de sus avatares ideológicos durante su adolescencia y juventud. Son escasos, pero bastan a los efectos del presente esbozo, hasta que el examen de su papelería inédita revele datos ampliatorios.

Ante todo, las lecturas formativas, de una vastedad poco frecuente en el Uruguay de aquellos años: "Para los que en la década del 30 vivimos con pasión los movimientos espirituales y políticos de Europa, para los que, todavía adolescentes, nos sucedía leer en los mismos años *La primauté du Spirituel* y *L'Enquete sur la monarchie* (ya antigua), la *Vida de Trotzky* y la *Vita di Arnaldo*, los primeros Berdiaeff y *El mundo que nace*, los *Débats* de Henri Massis y los conmovedores discursos de José Antonio Primo de Rivera, el *Au delà du nationalisme* de Thierry Maulnier, el *Manifeste* de Mounier, los ensayos de Aron y Dandieu o *Les grands cimetières sous la lune*; los que nos nutrimos en esta forma tan variada, estremecedora y revulsiva, encontramos en un Mallea americano el complemento y el eco admirables de ese mundo y sus afanes".

Y más adelante: "Para nosotros, que teníamos veinte años en 1936, Mallea significó mucho más de lo que significó Rodó en dos generaciones anteriores a la nuestra. Y las implicaciones políticas de sus ideas eran también valederas en todos aquellos países americanos que, como la Argentina, sufrieron un proceso similar y coetáneo de cosmopolitismo, industrialización, enriquecimiento, penetración imperialista, oligarquización y masificación. El mismo proceso, en suma, de *modernización*"¹.

En estas dos citas de un notable análisis de Mallea, se encuentran las referencias enteras, suerte de autorretrato intelectual logrado por refracción, del ensayista uruguayo. Real de Azúa se contempló a sí mismo a través de Mallea, con el que ajustó dolorosas, agradecidas cuentas de veinte años atrás. El uruguayo en ascenso, en plena madurez de sus treinta y nueve años, observó apenado la declinación del escritor

argentino, al que tanto debía y del que se separó un tanto simbólicamente para proseguir su propia carrera². No pudo, en cambio, desprenderse de Rodó, un fantasma con el que debatió constantemente, él y otros miembros de su generación, por razones que expeditivamente se cancelaron con el novelista argentino y se resistieron con el autor de *Ariel*, a veces obsesivamente reconsiderado y examinado.

El adolescente de diecisiete años que participaba en las manifestaciones contra el golpe de Gabriel Terra del 31 de marzo de 1933 y simultáneamente se alimentaba con los mejores bocados del pensamiento reaccionario europeo; el joven y brillante profesor de literatura, católico y tradicionalista, tenía que ser un recluta codiciado para los partidarios locales de la zona nacionalista española. Con apenas veinte años, en 1936, había obtenido el segundo premio en el concurso convocado por William Berrien entre la juventud hispanoamericana sobre Rodó y el arielismo, con un jurado consagratorio: Pedro Henríquez Ureña, Federico de Onís, Alfonso Reyes y Arturo Torres Ríoseco³.

No se ha hecho todavía la historia, para nada menor, de los movimientos filofascistas en el Uruguay de los años treinta y comienzos de los cuarenta, aventados y dispersos por la derrota en la segunda guerra mundial. En ese contexto se inscribe la segunda etapa de la formación política de Real de Azúa, quien solo de una manera muy digna y parcial se retiró de esos supuestos errores juveniles, documentados en *España*. Desprendimientos y justificaciones, en todo caso, que ilustran no sólo su biografía y la comprensión de su obra posterior, sino también un capítulo casi inédito en la historia de la ideas en el Uruguay. Si se suprimieran aquí estas consideraciones por motivos de pacatería democrática, como se ha hecho durante décadas en el Uruguay, quedaría mutilado el primer conflicto que provocó el movimiento pendular, dialéctico, contradictorio de Real de Azúa. Su prestigio público, que arranca de los años cincuenta, oscureció bastante esta etapa de su heterodoxa formación. Medio siglo es suficiente perspectiva y promesa de objetividad.

Afinidades espirituales y hasta inclinaciones estetizantes lo acercaron a José Antonio y a simpatizar con Falange: "... un grupo de finos escritores..."; "El pensamiento de José Antonio Primo de Rivera fue sin disputa denso y original. Sus condiciones de comprensión, generosidad y poesía; su esfuerzo encomiable, aunque a la distancia fracasado, por crear una doctrina original y que creía española, le darán un lugar en la historia de la meditación política"⁴.

La tormenta de la guerra civil española arrojó a Real de Azúa, católico y tradicionalista, al bando vencedor, al triunfo de una causa a la que contribuyó con malas razones y peores argumentos. En 1937 dijo: "Nos habíamos olvidado que la Espada podía ser rematada por una Cruz, y que la Cruz no es blandura sensiblera y liberal, sino una cima de vertiente, sin compasión y sin matices, para la verdad que la afirma y para la mentira que la niega"⁵.

La belicosa militancia de Real de Azúa lo condujo a integrar un grupo de ultraderecha, Acción Nacional, al que presidió, y a escribir en *España Nacionalista*, "Órgano de la Vanguardia Nacionalista Española en Uruguay", de 1937. Tanto el grupo como el periódico abandonaron la escena pública antes del comienzo de la guerra mundial⁶. Real de Azúa estuvo entre los vencedores de España, pero con los derrotados en Uruguay. Su libro fue un intento de conciliar extremos tan contradictorios. Por primera vez probó el filo y la consistencia de las tendencias liberales del Uruguay, fueran de derecha o de izquierda.

Real de Azúa desembarcó, pues, en España a principio de 1942. Llegaba invitado por el Consejo de la Hispanidad para participar en unas reuniones, que al final no se realizaron, destinadas a debatir las modalidades de difusión de la doctrina de la hispanidad. Poco tenía que ver la España que recorrió con la España entrevista en los "conmovedores discursos" de José Antonio, en el programa impreciso y vago de Falange, en las mesiánicas promesas de la Unión de la Cruz y la Espada.

Descabezada la Falange por el fusilamiento de su fundador, reducidos sus escasos cuadros por la guerra civil y diezmados los restos en las estepas rusas, fundidos a fuerza de decretazos militares con los tradicionalistas para que formaran las FET de las JONS, el único partido político legal de España sobrevivía como esqueleto burocrático subordinado al Movimiento y sus pujos revolucionarios se manifestaban esporádicamente en convulsas, íntimas conspiraciones. José Antonio habló de un "movimiento poético", lo que sedujo al joven simpatizante uruguayo; pero también alentó en sus matones el ejercicio de una "dialéctica de los puños y las pistolas", invitación a la violencia que fue expropiada por el Ejército sublevado.

Amigos y enemigos reconocieron siempre en José Antonio elocuencia, encanto personal, buen estilo para escribir y preocupaciones estéticas, conjunto de dotes que también servían para caracterizar al curioso e inquisitivo viajero sudamericano y que éste conservaría durante toda su vida. Dudas, esperanzas, secretas angustias encontró Real de Azúa entre sus camaradas cuando desembarcó. José Antonio era ya El Ausente.

Poco cristiana soldadura fue la de la Cruz y la Espada: curas crueles como capellanes de las prisiones repletas de prisioneros políticos, la caridad postergada, "muchacha saña agresiva, mucho seco corazón entre los que tienen la misión taxativa de poner bálsamo, de suscitar dulzura"⁷.

El pueblo vasco, el de la estirpe de los Real de Azúa, "acrisoladamente puro, sano, intrépido [...] el más cristiano de España, uno de los mejores del mundo" era abandonado por su Iglesia, dedicada a secundar el poder secular. "La religión está presente en todas partes, y todo lo consagra, la ratifica y lo bendice. El que se guiara por estas apariencias, caería en la trampa del Estado Cristiano. Pero esta presencia se ve falsificada, frustrada, por un aflojamiento de la tensión religiosa de las almas. La Cruz deja de ser motivo y se hace adorno"⁸. La militancia católica de Real de Azúa hizo crisis en España.

A su regreso, en mayo de 1942, se puso a escribir su libro. Trabajó sobre lo que había visto y oído, con apuntes del natural que no han perdido frescura y penetración, como son sus observaciones sobre la paradójica condición de la mujer bajo la represión religiosa de la época, el mercado negro y sus beneficiarios, las confidencias de los camaradas de Falange y hasta la charla con un veterano de la División Azul en el tren que lo condujo a las provincias vascongadas.

Trabajó sobre todo con la tonelada de libros que fue adquiriendo durante el viaje y con la que enriqueció su ya poblada biblioteca. Al juntarse ambos repositorios en las páginas de *España*, integraron un conjunto que puede abrumar. Sin embargo, cuando el apabullante cúmulo se enlista y organiza, de él fluyen con facilidad orientaciones y tendencias que acompañaron al escritor en lo esencial de sus disquisiciones durante décadas.

Si se deja de lado algún autor del momento (Fulton Sheen) y los clásicos (Quevedo, Larra, Montesquieu, Menéndez y Pelayo), el resto es sólido y coherente, lo mejor del pensamiento cristiano de la época: Emmanuel Mounier y Paul Louis Landsberg (de la revista *Espirit*), Jacques Maritain, George Bernanos y Nicolas Berdiaeff. El nacionalismo de derecha: Carl Schmitt, Pedro Laín Entralgo, Luis Legaz y Lacambra, Denis de Rougemont, Thierry Maulnier. Hacia la derecha liberal: Ortega y Gasset. Un laborista inglés para compensar: Harold Lasky; y un liberal norteamericano que se leía mucho en esos años, promocionado por la revista *Sur*: Waldo Frank. Dos filósofos españoles ya exiliados en América: José Gaos y Manuel García Morente. Americanos: José Martí y Alfonso Reyes, Vasconcelos y Mallea. Pocos uruguayos: Vaz Ferreira y Dardo Regules.

La enumeración podría reducirse a dos grupos: autores utilizados como apoyo documental y autores a cuyo pensamiento adhirió Real de Azúa y con los cuales se alimentó perdurablemente, como es el caso de Ortega. De éste, por ejemplo, tomó su apelación o deseo de encontrar "estratos de concordia"⁹ política y social, que era comprensible en el filósofo español y en un país enconado y escindido hasta la guerra civil, y que el uruguayo utilizó como elemento conciliatorio para el Uruguay.

Hoy, pasados ya más de cuarenta años, sería tan fácil como esquemático trazar un eje central e ideológico para situar sin mayor violencia la mayoría de la biblioteca citada en los anaqueles de la derecha. Algo más difícil es la comprensión que exige una mente como la de Real de Azúa, metodológicamente contradictoria. Tanto en José Antonio como en Mounier se percibía una conciencia social, opuesta por cierto en el fundador de Falange al socialismo marxista y al anarquismo revolucionario, el de la CNT/FAL, mucho más fuerte que el comunismo en la España de los años treinta. Mounier, en cambio, ni siquiera era antisocialista. Real de Azúa terminó transitando una vía política similar a la de Mounier y al populismo nacionalista de José Antonio.

Absolutamente nada aportó Real de Azúa al pensamiento socialista, ni siquiera como crítica; pero en una buena parte de su obra practicó un sincero y bien fundado nacionalismo. Para el joven de veintiséis años que retornaba de su fundamental experiencia española, el nacionalismo "Es la necesidad de defender las comunidades estructuradas en naciones, de las fuerzas internacionales de la mediatización y la explotación económica, nacionalizando las fuentes de recursos, colectivizándolas, poniéndolas al servicio del pueblo, y combatiendo hasta destruirlas, las oligarquías internas que sirven a aquellas"¹⁰. "Nacional, instrumentalmente, es social y popular en sus fines (en nuestro país se tuvo el mérito histórico de verlo) y es lo antagónico del antimperialismo «nacionalista y totalitario, manejado por oligarquías»"¹¹.

Obsérvese: nacionalismo es social y popular, antiligarquico y antitotalitario, con un tiro por elevación que caía sobre el nacionalismo de derecha que pregonaban, por ejemplo, los argentinos. De ese nacionalismo había existido un barrunto en el Uruguay, incompleto, fragmentado, parcial, en figuras como Carlos Roxlo, Luis Alberto de Herrera y José Batlle y Ordóñez, según fue develando en los ensayos que dedicó durante los años sesenta a estas tres figuras. Muy limitado era el nacionalismo de los blancos, tardío romanticismo donde lo nacional era lo criollo, lo rural, lo autóctono, lo típico, el antiporteñismo, el apego emocional a la patria chica¹². En Batlle fue la lucha contra el empre-

sismo y los intereses británicos, junto con la legislación social, pero sin doctrina antimperialista. Real de Azúa contribuyó a gestar una síntesis en los años sesenta, pero con efectos tan débiles que ese cauce hoy parece débil y seco.

Pasada la fiebre falangista y el catolicismo integrista, Real de Azúa se presentó a sí mismo, en 1943, como un "cristiano demócrata y americano", al tiempo que aclaraba: "Si no somos comunistas, no es ciertamente en la trinchera reaccionaria y capitalista del «anti-comunismo» (con ese «anti» estéril, repelente y tímido) que nos sentimos y definimos"¹³. José Antonio decía más o menos lo mismo, pero con elocuencia conmovedora y poética, que apoyaban sus grupos de choque.

Segundo rasgo de su personalidad intelectual: el torso de las ideas, las convicciones y hasta los temas mayores de Real de Azúa ya estaban completos hacia 1943, aunque se encuentren fraseados de manera distinta a la utilizada posteriormente, cuando se vistieron de ropajes laicos, se enmascararon y ampliándose con matices se enriquecieron.

Ya puede, entonces, en su libro primerizo y primigenio, cometer ingenuidades e imprecisiones retóricas, las que en efecto rectificó luego, como es la de confesar una aliadofilia superficial, profetizar amenamente que la "etapa del literal yankismo y las del capitalismo monopolista e imperialista parecen cada vez más superadas", despistarse con el "hombre profundo" de Mallea, perderse en la vaguedad de la "raza cósmica" de Vasconcelos, o invocar confusamente que América es un "continente construido sobre el espacio, y no sobre el tiempo", acompañando una rapsodia que Keyserling, viajero y meditador de moda entonces, había aprendido de Hegel.

Las reelaboraciones posteriores no podrán ocultar el humus pre-moderno de su pensamiento, tensado entre el Espíritu y el Siglo, según las expresiones que utilizaba en 1943, con las debidas licencias.

NOTAS DEL CAPITULO II

1 Carlos Real de Azúa, "Una carrera literaria" (sobre Eduardo Mallea), en *Entregas de La Licorne*, Nos. 5/6, Montevideo, setiembre de 1955, pp. 114 y 115. He subrayado el término "modernización", que en el texto citado va entre comillas, a los efectos de destacarlo más, ya que en él se encuentra una de las primeras menciones a una de las categorías de la interpretación histórico/cultural de Real de Azúa, según veremos más adelante.

2 Fechas y cifras fueron nefastas para Mallea. También en el número doble 5/6 de setiembre de 1955 de la revista argentina *Contorno*, se expedía un sarcástico ataque contra Mallea, nada agradecido porque no había deudas para evocar ni melancólicas autobiográficas. Me refiero al doble ensayo, pp. 27 a 35, de León Rozitchner, dotado de títulos lapidarios: "Comunicación y servidumbre: Mallea" y "Mallea y nuestras vergüenzas". Hubo ecos montevidianos. Emir Rodríguez Monegal dedicó en el semanario *Marcha* varios artículos a la tarea destructiva de la nueva generación argentina, abandonó los casos de Martínez Estrada y Mallea porque le interesaban poco y defendió a Borges con denuedo. Los artículos de Rodríguez Monegal fueron recogidos en un libro, *El juicio de los parricidas*, Buenos Aires, Editorial Deucalión, 1956.

3 El primer premio lo obtuvo el peruano Andrés Townsend Ezcurra. Ref. Real de Azúa, "Rodó en sus papeles", en *Escrinera*, No. 3, Montevideo, marzo de 1948, p. 102, nota 3. Dice allí que el concurso "comprobó una caducidad casi unánime de nuestro estilista". Sin embargo, Real de Azúa le dedicó numerosos trabajos que publicó posteriormente. Permanece inédito el que recibió el segundo premio de 1936. El conjunto es material suficiente para formar un volumen o dos de estudios rodonianos, si se le congregara. Como constancia documental de la devota atención que hacia Rodó mostró la Generación del 45, puede agregarse a la lista los trabajos y libros tan disímiles que le dedicaron Rodríguez Monegal, Mario Benedetti y Washington Lockhart. En disidencia se pronunció Carlos Maggi. Hasta el indiferente Angel Rama cayó derrotado cuando la Biblioteca Ayacucho, que dirigía, recogió *Ariel y Motivos de Proteo* (Sucre, 1976) en un volumen cuyos prólogos solicitó a Real de Azúa. Desde entonces, nada importante se ha agregado a la bibliografía uruguaya sobre Rodó, en cuya tumba inquieta hoy reina la neutralidad valorativa del oficialismo. Ni así descansó en paz. Cuando la dictadura resolvió conceder el nombre de Brigadier General etc. a un tramo de la Avenida Agraciada, la ex calle Lavalleja pasó a llamarse José Enrique Rodó. Real de Azúa habría anotado, sonriente, que era un homenaje al antibatallismo del caduco estilista.

4 *España*, pp. 132 y 127 respectivamente.

5 Id., p. 239. El mismo Real de Azúa citó parte de ese fragmento, lo que debe interpretarse como una autocrítica, efectuada seis años después. Antes de citarse estaba examinando todos los matices del hispanismo y la hispanidad, con refutaciones a un catolicismo hispánico "enfudado a lo militar y a las fuerzas de la regresión social", precisamente basado en los símbolos de la Cruz y la Espada. Loc. cit.

6 Se conocen los tramos principales de esta historia juvenil, pero se ignoran los pasos intermedios, que van de 1939 a 1942, y que posiblemente se encuentran en su papelería inédita. Como hay datos que son relevantes a los efectos del presente ensayo de interpretación, es preciso recordar el episodio que desencadenó las

revelaciones. En 1965, el sociólogo Aldo Solari publicó su libro *El tercerismo en el Uruguay*, que comenzó a ser analizado por Arturo Ardao en *Marcha*, diciembre de 1965, bajo la tesis de que la ideología tercerista se había iniciado en el Uruguay en 1947. El 4 de enero de 1966, Real de Azúa inició unos torrenciales comentarios del libro de Solari en el diario *Epoca*. En uno de los artículos aludió a Ardao, dudando de que todo hubiera comenzado en 1947, con la guerra fría, la polarización Este/Oeste y la confrontación de Estados Unidos y la Unión Soviética. Real de Azúa no se atrevió a decir que los fascismos fueron, a su modo, históricamente, modalidades terceristas entre la oposición de capitalismo y socialismo. Ardao hizo que Troya ardiera: desenterró los antecedentes falangistas de Real de Azúa, nada menos que ante el diario de la *New Left* de entonces. Acorralado, Real de Azúa informó:

- Acción Nacional "en la que milité, participé y en alguna época hasta presidí, pero que ya no existía al iniciarse la Segunda Guerra Mundial."

- "A los diecisiete años estuve [...] en todos los actos y manifestaciones contra el golpe de Estado de 1933. En 1938 apoyé la salida baldomirista. En 1950 trabajé por la candidatura de Eduardo Blanco Acevedo." Este último conducía la derecha del Partido Colorado y perdió las elecciones.

- Sobre Benito Nardone, demagogo ruralista de derecha, que utilizaba el *nom de guerra* de Chico-Tazo: "El Chico-Tazo al que yo marginalmente, y otros en forma mucho más cabal, tratamos de darle un alma y un significado positivo..."

- "Me asumo [...] y no pido disculpas. Demasiado ineficiente fui en todas estas salidas para haber causado a nadie un mal objetivo e irreparable. [...] la necesidad que a mí y a otros nos ha acuciado. Esto es: encontrar no en el año 2000 sino ahora y aquí, una salida, una apertura, un *take off* al estancamiento, al envilecimiento, a la lenta muerte del Uruguay que vivimos."

Todas las citas han sido tomadas del artículo titulado "Última respuesta a un segundo", *Epoca*, 3 de marzo de 1966. Cabe anotar, incidentalmente, que la polémica entre Arturo Ardao y Real de Azúa en tomo al libro de Solari agotó el tema del tercerismo en el Uruguay, donde nunca más provocó otra llamarada similar. Ya Fidel Castro, en diciembre de 1961, se había declarado marxista-leninista. ¿Fue por esto que Real de Azúa no publicó el libro que había escrito sobre el tercerismo? Entre sus inéditos figura uno titulado: *Tercera posición, nacionalismo revolucionario y Tercer Mundo*. Son 430 folios, con 103 párrafos y 3 apéndices con 11 párrafos más. La última página lleva las fechas 10 de setiembre de 1961 - 28 de febrero de 1963.

7 *España*, pp. 117/8.

8 Id. p. 178.

9 La expresión está tomada de *Historia como sistema* (1941, pp. 95/96). Ver *España*, p. 143 y nota 15, p. 170.

10 *España*, p. 190.

11 Id., p. 191.

12 Véase "Carlos Roxlo: un nacionalismo popular", en *Marcha*, marzo y abril de 1961, Nos. 1051/3, recogido junto con "Ambiente espiritual del 900", Montevideo, Arca, 1984. En particular, p. 53.

13 *España*, p. 219

III

EL FRONTERIZO

El viaje a España y sobre todo la tarea de escribir un libro, permitieron a Real de Azúa ver claro en sí mismo y verse en contraste con los demás

Viaje y libro, es decir, la heterodoxia del periplo y la obligación de ordenar ideas y observaciones directas, fueron dos empresas rigurosamente privadas y orientadas hacia el mismo sentido: probarse a sí mismo y avizorar su destino personal en función de una actitud de ética intelectual aplicada a una militancia social y política. Esta quedó subordinada al ejercicio de valores que siempre consideró superiores. Despejadas estas preocupaciones íntimas, ya no le interesó la distribución comercial del libro, el que circularía únicamente entre amigos. Según se le escapó una vez, "todo libro es una confesión pública..."¹.

Hecha la confesión, conquistados los frutos de esa experiencia que fue fundamental en su vida, ningún otro viaje, ningún otro escrito tendrían el mismo significado. Viajes hubo pocos. Pese a ser sedentario como todo estudioso, recorría ávidamente la ciudad, sus calles, sus cafés, sus canchas de fútbol y basketball, sus parques apartados, a los que llegaba en su coche para tumbarse a leer un libro y escribir anotaciones. Algunos días a Buenos Aires y un par de veces a Europa, siempre a su costo, nunca una beca, que tanto comenzaron a difundirse; siempre en barco, porque temía a los aviones. Pocas huellas dejaban esos desplazamientos, excepto en la nueva tonelada de libros que pasaba por la aduana. Cincuentón largo, destituido de sus cargos en la enseñanza por la dictadura que se instaló en el Uruguay en junio de 1973, debió vencer su temor a los aviones cuando la Universidad de Columbia lo contrató para dictar un curso y luego cuando fue invitado a asistir a un congreso de literatura iberoamericana en Miami.

En cuanto a publicaciones, todo lo que tuvo de confesional y privado su libro sobre España, se convirtió en ansioso deseo de comunicación. Si bien colaboró en revistas de tiraje reducido (*Escritura, Número, La Licorne, Tribuna Universitaria*), fue en el semanario *Marcha* donde se expresó caudalosamente durante treinta años y conquistó público, prestigio y autoridad. Integrante de la llamada Generación del 45, cuya conciencia contribuyó a gestar, se convirtió en los años cincuenta en uno de los principales animadores culturales que tuvo el país y en un área, original y propia, antes no cultivada en los medios periodísticos y gracias a la

cual despertó resonancias y conquistó una audiencia que lo leyó respetuosamente.

Lejanos estaban los días del viaje formador y del libro fundacional, pero debemos retornar a ellos. Invitado por el Consejo de Hispanidad, Real de Azúa dijo allí, en 1942, que eso de hacer hispanidad era una propuesta tan anacrónica como hacer "imperio" y "romanidad", anunciando que él se desvinculaba de semejante propósito y se pronunciaba contra la hispanidad. "La cosa sonó rara", consignó en su libro², con esa desaprensión juvenil que conservó hasta el final de su vida y que seguramente dejó duros e incómodos a los jerarcas del franquismo cultural.

La anécdota, casi un paso de comedia, expresa la incapacidad del protagonista de pertenecer a algo, de disciplinarse, de abatir su independencia e individualismo, de reprimir su compulsiva tendencia a la discrepancia y el disenso. Prueba incidentalmente su probidad con relación a determinados valores asumidos antes y que consideró superiores a la adhesión de personas, clases e instituciones, hacia las cuales siempre se reservó el derecho de mostrarse ajeno y cuestionador, incluso irreverente y burlón. Al igual que tantos intelectuales burgueses, era esencialmente un desleal a su clase, un solitario, un marginal, un escindido, a lo cual sus pares de clase respondieron considerándolo un inofensivo y encantador majadero que andaba en malas compañías.

Cuando encontró en los años cincuenta su verdadera compañía y otro grupo de pares en la clase o grupo intelectual con tendencia hacia la izquierda nacional, se abrió un nuevo cauce a "la vocación beligerante y social que el intelectual busca por doquier"³.

Tercer rasgo de su personalidad, complementario y prolongación del primero: soledad y ajenidad, individualismo dentro de una vocación beligerante y social, ambigüedad y deliberada aceptación de su condición marginal, capacidad simultánea para estar y disentir, exigencia de arraigo y demanda de tradiciones que coexiste con una militancia política que poco tiene de concreta porque se funda en abstracciones. En pocas palabras: dialéctico, agónico, políticamente poco confiable.

Como se conocía muy bien y se aceptaba, no hubo en Real de Azúa ninguna clase de misterio: el hombre tiene dos dimensiones. Lo dijo: "... el hombre completo (y esto va sin paradoja) sólo es completo cuando vive en dos mundos; sólo es completo cuando es escindido [...] Quiero decir que lo característico del hombre de espíritu (y no solamente del literato, del artífice, del productor) es el vivir simultáneamente en esas dos dimensiones. Una es el orbe de los valores inmediatos, el mundo de lo que nos aprieta y nos apremia, bruto, caótico. El otro es el de la cultura; el otro es ese orbe mucho más transpersonal, límpido, expresivo

y, sobre todo, pensable. Desde él, el otro adquiere (también) coherencia y sentido"⁴.

Dos pasos adelante, uno atrás en la recapitulación. Un profesor de literatura que más bien prefería analizar ideas e interpretar la historia política y social. Un intruso en los campos de la historia, contemplado al principio con sospecha y mucho silencio por los historiadores de oficio pertenecientes a generaciones anteriores, pero admirado por los literatos debido a su ostensible erudición, que lejos de ocultar exhibía desdenosamente y que vieron en él, correctamente, a un prójimo, a un ensayista tan desconcertante como original.

Un historiador que cuando es aceptado por el dómine de la historia oficial y se le abre la puerta del santuario⁵, cambia de frente y pasa a enseñar y escribir sobre ciencia política, flamante disciplina universitaria en su país. Un abogado (se recibió en 1946, a los treinta años) que frecuentó pocos estrados y prestó nula atención a los enfoques jurídicos. Un profesor de teoría literaria que publicó poco sobre ella, aunque dejó según parece algunos inéditos. Un profesor de ciencia política que una vez sumergido en ella derivó hacia la filosofía de la historia.

Inapresable, pendular, huidizo Real de Azúa. Son demasiados desplazamientos de una disciplina a otra, lo que desconcierta en el compartimentado mundo académico de hoy y dificulta la sumaria reconsideración de su obra, donde todo se mezcla y todo tiene que ver con todo. ¿Dónde y cómo ubicarlo, así sea de manera provisional?

En primer lugar, según ya vimos, en la zona ambigua, marginal y hasta equívoca que él mismo eligió, entre los dos mundos en tensión que él prefirió colonizar en rebeldía no se sabe contra quién y con variada, azarosa fortuna. En segundo lugar, en un género literario, el ensayo, que él dilató y expandió teórica y metodológicamente para que le sirviera de nicho más o menos habitable hasta que decidiera mudarse a otro. En tercer lugar, en un estilo de expresión, considerado tan solo como hilo que nos conduzca por el laberinto de su método.

Iremos examinando estas tres vías de acceso, pero previamente consideremos dos autorretratos, dos brevísimos textos que él mismo redactó como presentación editorial y que figuran en la contracarátula de dos libros suyos. Sólo él pudo haber escrito lo siguiente.

En *El patriciado uruguayo* (1961) se refirió a sí mismo en tercera persona: "Su interés muy temprano, y esencialmente especulativo, por la política y sus fuerzas, su dedicación apasionada al «problema nacional», al pasado del país y a su presente, a sus cosas y sus hombres, su vinculación con la literatura y las cuestiones estéticas (que forman su actividad docente) lo han hecho converger como escritor en una moda-

lidad en que se conjugan la crítica literaria e ideológica (una crítica de «complemento» y «a propósito»), la digresión ensayística y la historia cultural y social."

En *El impulso y su freno* (1964) redondeó mejor su autorretrato: "Intelectualmente, y despojando a la palabra de su sentido habitual, podría denominársele un «fronterizo», ya que sus preferencias e intereses se mueven en los lindes de varias disciplinas: la historia cultural, ideológica y social, la teoría política y la teoría literaria, la crítica de «ideas» y de «significaciones» y aun otras zonas menos delimitables."

Antes que se usara y abusara de la expresión, Real de Azúa era un interdisciplinario. Solitario e individualista, integraba un equipo consigo mismo, lo que no equivale a decir que dentro de ese equipo unipersonal reinara la paz y la concordia, todo lo contrario.

Profesor heterodoxo y estimulante, muy querido y popular entre sus alumnos, dejó sin embargo muy pocos discípulos y continuadores de su obra; ninguno, si se piensa como modelo en la fidelidad de Julián Marías hacia Ortega y Gasset. A la hora de la verdad, Real de Azúa se resistía también a ser maestro, guiar tesis y encabezar investigaciones. En sus cortas ambiciones mundanas, jamás figuró la de ser *chef d'école*, ni caudillo literario, ni crítico de apoyo y mucho menos empresario cultural, caminos que recorrieron sus compañeros de promoción.

Cuando debió pronunciarse acerca de los "maestros de juventudes" al estilo finisecular y cuyo epítome fue Rodó, lo hizo con cierta sorna y en definitiva una parte de su obra como erudito e investigador estuvo dedicada a trazar las ondas que marcan el tramonto del arielismo, la pérdida de vigencia del desgarrado José Vasconcelos, el punzante ocaso de tantas glorias políticas y literarias. Cuando ellas se encontraban en la cumbre de su poder (caso de Francisco Franco), las desafiaba; si superaban su época (caso de José Batlle y Ordóñez), las desinflaba; si advertía que iban cayendo en el olvido (casos de Bernardo Prudencio Berro, Carlos Roxlo y Luis Alberto de Herrera), las rescataba con brillantes, quijotescas revalorizaciones, después de las cuales el personaje o escritor seguía tan muerto como antes, aunque el intento de revivirlo hubiera sido memorable. Algunas de sus valorizaciones, casos de José Irueta Goyena y Baltasar Mezzera, cayeron en medio de un respetuoso silencio y no convencieron a nadie. En otras oportunidades, contribuyó a piadosos entierros, como en el referido caso de Mallea. Algo es seguro en estos vaivenes: detestaba el engolamiento, los lugares comunes y las ideas recibidas. Se sabía solo y lo estaba.

En cuanto al ensayismo, a Real de Azúa le sobraban dotes para fundamentar por su cuenta el nicho o habitáculo que a su entender le corres-

pondría en cualquier parnaso que eligiera, aunque el costo fuera la sorpresa. Un día de 1964 sus compatriotas del mundillo literario se despertaron con la agradable noticia de que el país había producido no menos de cuarenta y un ensayista en poco más de cuatro décadas, hazaña no superada por Inglaterra, paraíso del ensayismo⁶.

El libro fue, en realidad, un esbozo o borrador del pensamiento crítico uruguayo, o más o menos crítico, sobre el país mismo, confeccionado en un momento política e intelectualmente contestatario. El tiempo transcurrido desde su publicación ha agregado valor a su introducción teórica, en parte impuesta por el material elegido, al que era preciso justificar, y mucho más por los propósitos y metas de la empresa, que vendría a ser la contribución a la gesta de una "conciencia de la circunstancia", tanto temporal como espacial. Lo elegido por el colector fue el camino de las ideas en un discurso libre, tornasolado entre lo literario y lo no literario, persuasivo y no demostrativo, creativo, múltiple, personal.

¿Qué era el ensayo para Real de Azúa? Después de dar muchas vueltas (felices, digresivas, eruditas, maniáticamente matizadas), logró sujetar una definición: "Una agencia verbal del espíritu, del pensamiento, del juicio, situada -ambigua, incómodamente- en las zonas fronterizas de la Ciencia, de la Literatura, de la Filosofía"⁷.

Pocas veces permitió nuestro autor que todo coincidiera. Las dos miniaturas de los autorretratos, la disquisición teórica del ensayismo y el texto sobre el hombre completo que vive en dos mundos, permiten considerarlo tal cual se veía a sí mismo durante los primeros años sesenta.

Cuarto rasgo de su personalidad, según se contempló a sí mismo fugazmente: habitante incómodo y ambiguo de una "agencia verbal del espíritu" (la expresión pertenece a Alfonso Reyes), un fronterizo entre lindes que reconoce como teórico pero gusta violar en la práctica, porque se sabe viviente de dos mundos, el bruto y caótico de los valores inmediatos, y el de la cultura, límpido y pensable.

Quien sentía horror por su imagen fija, en la que no se reconocía porque era única e inmodificable, acabó confesándose debido a su compulsiva tendencia especulativa, a examinar y jugar con distintas clases de espejos. Hubo otros más en su carrera de ensayista.

Prometimos más arriba hablar del estilo, pero sólo como vía para acceder al método que Real de Azúa utilizaba para pensar.

Contemplándose en el espejo de Luis Alberto de Herrera, caudillo conservador y populista, extendió un sayo que le habría venido cómodo: "...argumentos habría para sostener que Herrera fue un mal escritor y un

excelente escritor. Dispersivo, difuso, sus libros parecen escritos al correr de la pluma; sin poda, sin relectura, sin revisión, ganarían infinitamente con una condensación que los aligerase. Pero también debe señalarse -y esto casi nunca se ha hecho- la maestría espontánea de un escritor que encuentra a cada paso los adjetivos y sustantivos más inesperados, el desembarazo de unos libros que no caen jamás en el lugar común, en la expresión estereotipada, en las fórmulas rituales⁸.

Los escritos de Real de Azúa presentan ocasionalmente los peligros de una sintaxis enrevesada, con líneas que se esmaltan gracias a la felicidad de centelleantes epítetos, adjetivos quitados de sus contextos habituales y sustantivos inesperados. Sus páginas logran énfasis mediante el uso del modo imperativo y ofrecen de tanto en tanto síntesis muy agudas, comprensibles y abarcadoras, como son las presentaciones de los autores y fragmentos elegidos en su *Antología* y en varios panoramas históricos y literarios.

Cuando sus artículos, absurdamente largos y en apariencia periodísticos, se ordenen y reproduzcan en libros, como ya se ha hecho con algunos⁹, se comprenderá que su fama de abstruso era en buena parte injustificada. Conspiraban contra él no sólo la longitud sino la estructura, composición, tratamiento y dosificación de las ideas, todo inapto para el periodismo, lo que se advierte cuando ese material se despliega, cómodo, en tipografía cuerpo mayor y diagramado de libro. Allí sus frases tienen aire y respiran. Se disfrutarán entonces plenamente sus notas al pie, sus paréntesis, sus acotaciones marginales, a veces más sabrosos y vivaces que el cuerpo central de su razonamiento. Siempre el equívoco y la ambigüedad: nunca fue periodista sino ensayista.

Real de Azúa manejaba con soltura su profusa biblioteca y cualquier otro repositorio bibliográfico que se le pusiera delante. Era capaz de extraer jugo a muchas piedras resacas, según probó en la erudición impecable que utilizó para anotar pulcramente el libro de un viajero inglés casi desconocido durante la Cisplatina y con el cual aprobó el examen de ingreso al santuario custodiado severamente por Pivel Devoto. Hay en esa edición notas y apéndices, como el de los cementerios del Montevideo de esa época, que hasta gracia y amenidad tienen.

Es posible que estas riquezas laterales e incidentales hayan seducido más de la cuenta a sus lectores de hace veinte y treinta años, en su mayoría de inclinaciones literarias, con lo cual se agregan nuevos equívocos sobre nuestro escritor. El Uruguay perdió un gran ensayista e historiador cuando Real de Azúa decidió embarcarse en la ciencia política. ¿Por qué ese viraje? La respuesta tiene naturaleza espiritual e intelectual, tiene que ver con una filosofía y un método, y tiene relación con una

necesidad de desarrollo interior de sus preocupaciones juveniles (el destino del país, el poder y quiénes lo ejercen) que la histografía convencional y sus fuentes no siempre contestan.

Por eso es preciso retornar, siempre, a la matriz de *España*.

NOTAS DEL CAPITULO III

1 Carlos Real de Azúa, "Un testigo inglés de la Cisplatina: L. Boucher Halloran". Apartado de la *Revista Histórica*, Tomo XXXIII, Nos. 97/9, p. 56.

2 *España*, p. 277.

3 Id., p. 132.

4 "Evasión y arraigo de Borges y Neruda", diálogo entre Carlos Real de Azúa, Angel Rama y Emir Rodríguez Monegal. En *Revista Nacional*, segundo ciclo, Año IV, No. 202, Montevideo, octubre/diciembre, 1959. Separata, 1960, p. 5.

5 Me refiero a Juan Pivel Devoto, director entonces del Museo Histórico y de la *Revista Histórica*, para la cual Real de Azúa presentó y anotó al viajero inglés Boucher Halloran. La nueva generación de historiadores (la historia es una pasión nacional, que supera a la literaria) leyó atentamente a Real de Azúa aunque con equívocos. Hoy se le atribuye la idea del "caudillo y su séquito" como uno de los orígenes de los partidos tradicionales, cuando en realidad Real de Azúa tomó la idea de séquito de Spengler. Así lo reconoció escrupulosamente a propósito de Baltasar Mezzera, en *Marcha*, 15 de enero de 1954, No. 704.

6 Carlos Real de Azúa, *Antología del ensayo uruguayo contemporáneo*. Montevideo, Universidad de la República, Departamento de Publicaciones, 1964, dos tomos de 645 pp.

7 Id., p. 26.

8 Herrera. *El colegiado en Uruguay*. Historia de América en el siglo XX. Fascículo 29. Buenos Aires, 1972, CEDAL, p. 44.

9 Por ejemplo, *Historia visible e historia esotérica*, Montevideo, Arca, 1975, que recoge materiales en su mayor parte aparecidos en periódicos y diarios, con fechas muy lejanas entre sí. Es posible que Real de Azúa, que se resistía tanto a congregar sus trabajos en libros para no "fijarse", haya cedido a la necesidad de presentar un volumen en su currículo cuando, destituido de la enseñanza por la dictadura, emprendió, cincuentón largo, lo que habría podido convertirse en una carrera internacional de erudito (cursos en universidades, asistencia a congresos, publicaciones en revistas prestigiosas). Si no publicó más libros es porque no quiso, ya que

durante los años sesenta fue asediado con pedidos por los editores. Por otra parte, el diablo de las imprentas castigó duro a Real de Azúa, porque tanto la historia visible como la esotérica se convirtieron en galimatías incomprensible a causa de excesivas erratas, empastelamientos y un vasto muestrario del horror editorial. Será ardua, un día, la tarea de reconstruir páginas tan maltratadas.

IV

AVENTURAS CON LA DIALECTICA

Como *España* sigue siendo su libro más confesional y explícito, requiere un repaso cuidadoso. En las primeras páginas se encuentran sus raíces:

"La perspectiva filosófica desde la cual estas reflexiones nacen, podría colocarse entre la trayectoria aristotélico-tomista, como línea general, con sus creencias fundamentales en el SER, la inteligibilidad de lo real, las jerarquías de la razón, las nociones centrales de materia y forma, de potencia y acto, de realismo crítico como gnoseología, y un «espíritu de encarnación», dentro del cual, un robusto sustancialismo de Espíritu y de cosas salve los divorcios del idealismo. Junto a ella, la filosofía de los valores, como lenguaje expositivo e increíblemente fecundo en lo social, y las corrientes existencialistas y fenómeno-lógicas, verdadera atmósfera del pensamiento de nuestro tiempo"¹.

Si a esta declaración se sumaran los autores que hemos espigado y evaluado en el capítulo II, la lista de referencias podría cerrarse con pocas ausencias porque la fidelidad de Real de Azúa a sus orígenes filosóficos fue perdurable. Hay ausencias igualmente reveladoras: ni una palabra sobre Marx y Freud, quienes por cierto pertenecen a la atmósfera del pensamiento de nuestro tiempo, pero no a la de Real de Azúa. Marx fue mencionado veinte años después, como un homenaje de la virtud al vicio contestatario, pero es obvio que no tuvo nada que ver con él. Freud, en cambio, no recibió nunca una mención.

En el campo social, el conocimiento de Max Weber vino después, cuando José Medina Echavarría publicó su gran traducción de *Economía y sociedad* en 1944, bajo el sello de Fondo de Cultura Económica. A partir de entonces, Real de Azúa significó la apoteosis de Max Weber en el Uruguay.

De la confesión filosófica del ensayista uruguayo, correspondería ahora retener su referencia a la filosofía de los valores, absorbida en Scheler, Ortega y García Morente. En *España* hay una caracterización esquemática de la actitud del totalitarismo que se extiende durante varias páginas, de la 23 a la 29, de altísimo voltaje ético, derivado del cristianismo y compuesta virtualmente con palabras que vienen enracimadas en antítesis, formando pares opuestos. Son tan simétricas estas oposiciones que en algún momento parecen haber sido integradas con la manipulación de diccionarios de antónimos, parónimos y sinónimos, a los

efectos de que la polaridad de los valores, su bivalencia, quede de mani-fiesto.

Estas páginas de *España*, como otros escritos de Real de Azúa hasta el final de su vida, parecen suponer un boirador que gráfica y esquemáticamente podría disponerse en dos columnas paralelas, una a la derecha y otra a la izquierda, de signo positivo una y negativo la otra, la primera para el valor y la segunda para el contravalor. El orden es jerárquico, de modo que haya valores superiores e inferiores. Los grupos se formarían pasando rayas horizontales, a fin de congregarlos por afinidad. Dentro de esa escala, así nos han acostumbrado a pensar desde que los mayores nos enseñaron el lenguaje, habrá que optar por la superioridad de unos grupos sobre otros: éticos, estéticos, jurídicos, religiosos, económicos y así sucesivamente.

Las dos columnas, aunque separadas por un eje central, se comunican precisamente por su antagonismo y al oponerse se forjan mutuamente. Es decir, dialogan. Sobre una base tan sencilla como funcional estableció Real de Azúa la cuadrícula de valores que utilizó para asentar su juicio en materia histórica, literaria y política, trabajando siempre, como él mismo dijo, con "pares rigurosos de antítesis"² y en una perpetua oscilación dialéctica que se percibe en todos sus escritos. Avalado por San Pablo, confesó su "manía de pensar dialécticamente"³.

No consultó por cierto su cuadrícula como si fuera la tabla de Mendeleiev ni operó con ella mecánicamente, todo lo contrario. Casi al azar y en pocas páginas de *España* pueden espigarse algunos de los valores cristianos: generosidad, desprendimiento, sobriedad, templanza, conformidad, pobreza, desinterés, sacrificio voluntario, "la aceptación humilde, serena y gozosa, de nuestro lote de humano dolor."

Véase cómo operó el juicio sobre José Batlle y Ordóñez⁴, dispuesto esquemáticamente en dos columnas:

NEGATIVO

- falta de humor y encanto personal
- carencia de magnanimidad
- candidez
- terquedad
- ramplonería de algunas ideas

POSITIVO

- seriedad
- nobleza, salud moral, "alma bien hecha"
- honestidad
- tenacidad
- honda fe en el hombre común
- destreza política

- inquina, agresividad
- cierta intolerancia o incapacidad de olvido

Un lector objetivo queda desconcertado ante este juicio histórico, no por lo que tiene de dialécticamente contradictorio, sino por algunas contradicciones formales, de lógica simple, donde un juicio anula a otro simétricamente opuesto. El rasgo negativo de "terquedad" se convierte en el positivo de "tenacidad" y la "falta de humor" como negativa pasa al positivo de "seriedad". En las personas comunes suele suceder, por ejemplo, que alternativa y sucesivamente sean tenaces y tercas, sin que haya contradicción y ella sea psicológicamente comprensible. Pero tratándose de un político de esa envergadura y del examen interpretativo de su carrera, términos contrarios y complementarios deben manejarse con mucho tino.

En el caso de Batlle y en la principal crisis de su vida pública, la derrota en las elecciones de 1916 revela tanto tenacidad como flexibilidad, ya que supo convertir esa derrota en una victoria parcial, que logró sobre la base de duras negociaciones. Se comprende, en cambio, que sus adversarios políticos le llamaran terco porque no aceptó la derrota tal como ellos querían. Medio siglo después, Real de Azúa habría debido desplegar otra perspectiva, excepto que le disgustaran Batlle y el batllismo. Evidentemente, tenía sus peligros la manía de pensar dialécticamente y el uso de pares rigurosos de antítesis.

En sus aventuras con la dialéctica hubo también enumeraciones reveladoras. Al crítico y ensayista Alberto Zum Felde le reprochó: altanería, énfasis, contundencia, inexactitud (de títulos, de fechas y nombres), arrogancia, juicios conclusivos, afirmaciones rotundas, estilo altivo y "un tono afirmativo, apodíctico, incoerciblemente dogmático"⁵. Resulta fácil deducir, a contrario sensu, cuáles eran los valores positivos de la crítica literaria para Real de Azúa, en la que el don de la exactitud, la prudencia y el tornasolado matiz dominaba sobre otros.

En lugar de tantas deducciones, resulta más práctico y conducente atender las ocasiones en que Real de Azúa se mostró explícito hasta la desnudez. En una coyuntura polémica, referida antes, declaró: "Vuelvo a insistir en mi convicción de que todo tiene que ver con todo o, si quisiéramos hablar pedantescamente, en el principio cósmico de la «menesterosidad», en la «ley de la heteronomía universal»"⁶.

Casi dos meses después, porque las polémicas de Real de Azúa duraban semanas, anunció de sí mismo lo siguiente: "Porque cuando hago una aseveración, muy frecuentemente la matizo, la complemento con una

atenuación, trato de ponerla en su justo punto. Creo que hay que tener el sentido dialógico de la verdad y mucho respeto por la verdad misma. Quiero todo lo vea blanco o negro, quien no pueda escaparse de su cuadrícula mental, quien sólo vea las líneas gruesas, quien no tenga el sentido del matiz, quien no comprenda la función insustituible de lo complementario, raramente ha de coincidir conmigo⁷.

Real de Azúa, en efecto, se las ingeniaba para que pocos coincidieran con él. En veinte años, su pensamiento se fue tornando cada vez más complejo e intrincado. Lo que en un principio era apenas la saludable manía de pensar dialécticamente a través de pares rigurosamente opuestos, se convirtió en un sistemático mecanismo problematizador, que recogía matices, dudas, reservas, interrogaciones, sutilezas, ajustes, es decir, precisamente lo contrario de lo que reprochó a Zum Felde y exactamente lo que se exigió a sí mismo.

Encerrado en su apartamento neoyorkino, en abril y mayo de 1973, mientras su país caminaba hacia la dictadura y él dictaba un curso sobre el tema del día, "Neo-autoritarismo y cambio político en América Latina" en la Universidad de Columbia, insistió en estos términos: "Verdad sin matices es casi siempre falsedad"⁸, donde un cauteloso "casi siempre" evita la trampa lógica.

No se precisa pensar en términos de blanco y negro para que resulte tarea ardua perseguir un pensamiento que se rehúsa a las conclusiones o que acepta muy pocas, y éstas siempre atenuadas, en nombre del único principio de que todo tiene que ver con todo. Es un laberinto que posiblemente no conduzca a ninguna salida y cuyo único placer consiste en transitarlo. De allí las magias parciales de hallazgos, apuntes incidentales, notas al pie y observaciones al margen, que han disfrutado intuitivamente los lectores comunes de su obra. En otro nivel de lectura, fascina el espectáculo de un hombre que se tortura pensando, a quien se le contempla en la operación misma del razonar, agónico y coruscante, tan fermental como oclusivo.

En cierto momento de su carrera, años sesenta, Real de Azúa perdió pie en el complejo laberinto metodológico que se fue construyendo. Mientras se mantuvo dentro de los senderos más o menos convencionales de la literatura y la historiografía, la marcha era reconocible, aunque violentara lindes para establecer el dominio sobre un espacio, así fuera fronterizo, en que se asentó. Cuando se introdujo en los campos de la ciencia política, se dejó impregnar por la terminología altamente sofisticada de los politicólogos norteamericanos, empeñados en crear un lenguaje neutro, portante de una mínima carga valorativa, a los efectos de lograr una objetividad hasta cierto punto quimérica. Un hombre como

Real de Azúa, cuya formación fue religiosa e íntimamente eticista, debía sentirse encorsetado por una contradicción que tal vez no logró superar.

A las angustias metodológicas y la densidad de la terminología, Real de Azúa agregó oscuridades propias. Sobre la onda revolucionaria e intelectualmente contestataria de los años sesenta, tenían ascendiente y predicamento los escritos de André Gunder Frank, uno de los teóricos de la *New Left*, difundido por la *Monthly Review* y aceptado localmente, entre otros por Vivián Trías, secretario general del Partido Socialista uruguayo. Muy tempranamente, en 1964⁹, Real de Azúa rechazó el término "dependencia", por considerarlo panfletario, despistante y estereotipado, en lo que buena parte de razón tenía si se trata de pensar objetiva y científicamente. Pero lo sustituyó con la expresión "interdependencia altamente asimétrica" que, ayer como hoy, resulta tan poco feliz como amanerada¹⁰.

El dualismo y la oposición dialéctica de pares opuestos como método prosiguió hasta el fin de su carrera. Pero, obsesionado por el matiz, por el principio de la heteronomía universal y la convicción de que todo tiene que ver con todo, Real de Azúa se embarcó en *El clivaje* en la empresa ambiciosa de obtener una larga lista de treinta y nueve variables que explicaran la prosperidad económica de media docena de países frente al "fracaso latinoamericano"¹¹.

Corresponde detenerse en el intento. Treinta y nueve variables no cuantificables pero subdivididas en tres grados (suficiente, medio e insuficiente; alto, medio y bajo; fuerte, medio y débil, etc.) formalizaron en el texto, en sí breve, un tejido barroco, compacto e intrincado que no satisfizo ni al propio autor. Este dijo que su lote de variables era "en verdad demasiado grande de elementos" y hasta se quejó de "este fatigoso ponderar de las variables"¹².

El análisis de múltiples variables terminó desalentándolo: "suponiéndolas inicialmente en interacción e interdependencia totales, hemos tratado de ponderar el distinto peso de cada una en la discriminación de «independientes» y «dependientes» [...] pero tengo la impresión que el mismo distingo supone un corte demasiado artificial por su sincronía para cancelar la noción más amplia de una interdependencia total aunque codificada (las mismas variables dependientes se hallan inducidas por otras dependientes, etc.)"¹³.

Ya en una página inicial de *El clivaje* asentó, con honestidad, las dudas que le suscitaba el uso de un instrumental metodológico que al cabo no lo satisfizo plenamente, aunque lo justificó porque los problemas planteados le resultaban acuciantes.

La relectura sugiere que las fuentes de tantas dudas metodológicas fueron dos, a su vez signos y expresión de su biografía intelectual. La primera es aparente, física, y se refiere al simple hecho del espacio, que antes lo llevaba a presentar como artículos periodísticos o reseñas de novedades bibliográficas a textos que por su contenido, tratamiento y extensión eran auténticos ensayos, prensados eso sí en los límites insuficientes de unas hojas periodísticas. La segunda está vinculada con este hecho físico, que es una ruptura de límites, de formas, y que consiste en volcar sobre moldes inadecuados una sustancia que así tratada se resquebraja.

Presentado como ensayo, *El clivaje* únicamente lo es en el sentido de intento, borrador, esquema y *progress report* de una investigación en curso, más vasta e integral. Una vez más, a Real de Azúa le faltaba aire y espacio para extenderse. Había quedado atrás el habitáculo de la "agencia verbal del espíritu". Su habitante avizoraba inquieto nuevas tierras para colonizar, nuevos lindes para transgredir, más anchos espacios para su pensamiento.

Treinta y nueve variables, no cuantificables y cada una desglosada en tres grados, señalaron los pasos de Real de Azúa sobre el árido terreno de la ciencia política, donde ninguna computadora habría sido capaz de procesar ese laberíntico programa sin riesgo de que en la pantalla se dibujaran formas que más bien pertenecen a la teratología intelectual.

Quinto rasgo de su personalidad: en su última aventura con la dialéctica, el dualismo y la ambigüedad, este compulsivo teórico comenzaba a avizorar la única tierra que le prometía su desarrollo interior, la semilla que ya crecía cuando viajó a España: la filosofía de la historia.

La muerte interrumpió el ingreso a la última etapa de su pensamiento que crecía y maduraba interiormente mientras atravesaba las tierras reseacas de la ciencia política norteamericana. Un anciano Real de Azúa escribiendo filosofía de la historia habría sido un acontecimiento en la modesta historia intelectual del Uruguay.

NOTAS DEL CAPITULO IV

1 *España*, p. 20.

2 *Id.*, p. 87.

3 *Ib.*, p. 30.

4 Tomado de *El impulso y su freno*, Montevideo, Banda Oriental, 1964, pp. 36/7.

5 Véase la torrencial reseña que Real de Azúa dedicó al libro de Zum Felde *Indice crítico de la literatura hispanoamericana. Los ensayistas* (México, Editorial Guaranía, 1954), que se extendió en varias páginas y números del semanario *Marcha* (28 de octubre de 1955, No. 787; 4 de noviembre, No. 789; 25 de noviembre, No. 791; la contestación de Zum Felde se publicó el 16 de diciembre, No. 794, junto con la réplica de Real de Azúa). Sin perjuicio de admitir la solidez de la argumentación y las pruebas de Real de Azúa, tanto en esta como en otras oportunidades su juicio sobre la obra de Zum Felde no fue equilibrado ni ecuánime; fue, en cambio, algo arrogante, demasiado contundente y bastante agresivo, aunque en ocasión posterior (*Antología* cit., pp. 181/9) atenuó algo su dictamen.

El desencuentro e incompreensión de la obra de Zum Felde por parte de Real de Azúa es una de las tragedias literarias del Uruguay y ella sola merecería consideración aparte y extensa, habida cuenta de los notorios paralelismos, afinidades y hasta inquietudes espirituales entre ambos escritores y que se perciben luego de un sumario cotejo entre ambas carreras, más paralelas de lo que habitualmente se piensa. Real de Azúa fue el único, en su generación y alrededores que estaba dotado para continuar y sustituir las interpretaciones de la historia y la literatura uruguayas que hizo Zum Felde, hoy consideradas clásicas. Lo superaba en rigor y erudición, pero las veces que intentó las síntesis interpretativa, quedó por debajo de su predecesor.

Esta ruptura o discordia, que se repite en nuestra historia cultural, impide que se construyan tradiciones sólidas, y el pensamiento, las ideas y la literatura que se producen en nuestro país sean esfuerzos espasmódicos, personales, carentes de continuidad y consistencia en la larga duración. Más doloroso parece este cortocircuito en quien como Real de Azúa estaba obsesionado por la tradición.

Para evitar equívocos, debe señalarse que la frustración, en todo caso, es nacional y no personal de Real de Azúa, quien bien entendido seguía caminos y métodos propios, distintos a los de Zum Felde.

6 *Epoca*, 19 de enero de 1966.

7 *Epoca*, 3 de marzo de 1966. Llama la atención el estrechísimo paralelo que existe en el fragmento citado con las palabras de García en *L'Espoir*, cuando el personaje de Malraux, hablando de Unamuno, se refiere al maniqueísmo de los hombres de acción, que todo lo ven en blanco y negro, en tanto que los intelectuales son anti-maniqueos, se empecinan en el matiz y las sutilezas, practican la duda sistemática y la indecisión. Es posible que Real de Azúa glosara secretamente a Malraux, pero sigue siendo extraño que su oponente en la polémica fuera otro intelectual y profesor, Arturo Ardao, no un hombre de acción y revolucionario.

8 Carlos Real de Azúa, *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?* Montevideo, CIESU/Banda Oriental, 1984, p. 29. De ahora en adelante se la citará como *Amortiguadora?*

9 Ver "Los males latinoamericanos y su clave", en *Marcha*, 26 de junio de 1964, No. 1211, recogido en *Historia visible* cit. ut supra.

10 Así lo admitió, pocos años después, en *Amortiguadora?*, p. 77. En *El Clivaje mundial eurocentro-periferia y las áreas exceptuadas*, Montevideo, CIESU/Acali Editorial, 1983, p. 17 y ss. refuta la tesis de Gunder Frank sobre colonia y satelización, porque lo ve como un fenómeno integrado en el proceso más complejo de modernización y occidentalización. De ahora en adelante este último trabajo será citado como *El Clivaje*.

11 *El clivaje*, p. 126.

12 *Id.*, pp. 106/7.

13 *Ib.*, p. 107.

V

TRADICION Y MODERNIDAD

Se impone un nuevo retorno a la matriz.

Muy tempranamente, en *España*, Real de Azúa se refirió, con sus muy personales comillas, al hombre "civilizado", "moderno", "europeo", para caracterizarlo así: "Es el hombre del intelectualismo liberal, el que nació con la revolución cartesiana y de la síntesis tomista de la personalidad, el seccionarse la dignidad de la Razón, de las altas certidumbres de la Fe..."¹.

El hombre liberal es el incrédulo, carece del sentido del pecado, tiene certidumbres que lo "defienden contra la angustia de la muerte" y le resulta indiferente un destino ultraterreno. "Hombre del materialismo, del racionalismo mecanicista, del humanismo, el hombre moderno es el del progreso, del optimismo"².

En la tipología primigenia, tan bien pensada que en el resto de su obra Real de Azúa no hizo otra cosa que ampliarla y aplicarla, el liberal es un crítico que duda, discute e ironiza, que todo lo repiensa y en consecuencia lo convierte, incluso a través de partidos políticos, en materia opinable, puntos de vista, tolerancia y libertad. Es el hombre de la técnica y la civilización, contra el hombre de la cultura y la religión; es la sociedad contra la comunidad, según la consagrada distinción de Ferdinand Tönnies³. A la lista de contrastes, dualismos y dicotomías, Real de Azúa agregó con el tiempo nuevas cargas: lo sacro y lo secular, la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica de Durkheim, el status y el contrato de Summer Maine⁴.

El joven de veinticinco años que en 1942 atravesó los muelles del puerto de Montevideo para ascender al barco que lo conduciría a la Madre Patria (nunca tan expresivo el lugar común), ya había echado las raíces: "Para los que nos formamos en el pensamiento filosófico-histórico anti-liberal, para los que aprendimos el sentido de la historia en Berdiaeff, en Maritain, en Belloc o en Landsberg..."⁵.

Si, para completar, la modernidad, es decir, la sociedad burguesa, implica valores y comportamientos tales como el dominio de la naturaleza y el cientificismo, la racionalidad y el individualismo, la colonización y el imperialismo, el hedonismo y la búsqueda del bienestar terrenal, es lógico que un católico integrista hable de apostasía para referirse al "total proceso de la cultura hasta nuestros días, que iniciábase en

aquella arquetspica Edad Media del medievalismo, que el propio Maritain tendría que enseñarnos a no considerar como definitiva..."⁶.

No existió, en el pensamiento de Real de Azúa, un medievalismo reaccionario. Hubo en cambio contraste funcional para contemplar el despliegue de los valores de la sociedad burguesa y el proceso de modernización. Era la hipótesis arquetspica de una supuesta Edad de Oro, gigantesca nostalgia que sin embargo sirvió de alimento común para proposiciones tan opuestas como las de Landsberg y Berdiaeff, Marx y Bakunin, los fascismos de los años veinte y treinta, y hasta los movimientos ecologistas de hoy. Era la lucha contra el orden burgués, liberal, industrializador e imperialista. A partir de su destrucción, se postulaba un orden pasado que se renovarfa, se reconstruían raíces y prometían arraigos, se denunciaban alienaciones, se adoraban costumbres superadas, se enaltecían creencias, certezas y destinos comunitarios, lejanos y superiores, que habían existido *illo tempore* y quizá también históricamente. La revolución cultural del romanticismo europeo alentó parcialmente estas visiones durante el siglo XIX, desde la izquierda a la derecha, con ramas y frutos que provenían de injertos perversos o innovadores.

Sexto rasgo de su personalidad: tipológicamente hablando, Real de Azúa fue un antiliberal, un tradicionalista, un antimoderno, que nunca encontró la unidad perdida que buscaba, a la que quiso volver.

De haber vivido lo suficiente, la reaparición y triunfo del Ayatollah Khomeini, con su fundamentalismo islámico, lo habría fascinado. Poseía la sensibilidad intelectual para percibir los lazos que vinculaban personajes históricos y movimientos políticos y sociales de apariencia muy disímil.

Así caracterizó, como un paradigma, la trayectoria del caudillo blanco Luis Alberto de Herrera, adversario político del Partido Colorado y su líder urbano, José Batlle y Ordóñez, con la elocuencia expresiva de las siguientes comillas:

"Tanto en el debate político-doctrinal como en su extensa labor historiográfica, Herrera abogó por ciertas entidades, niveles y modalidades: lo criollo, el campo, lo federal, lo «bárbaro», el gaucho, la montonera, «lo americano». Dejando de lado lo que de atractivo estético pudiera haber en esta defensa (ese atractivo ha llegado a hombres de cultura de orientación muy diversa a la suya), es imposible no ver hoy, desde la perspectiva en que estamos, que Herrera articuló su alegato sobre los valores que -ya los llamemos «premodernos» o «tradicionales»- más extraños resultan al orbe cultural de la modernidad. En todas las culturas existen encomios de los valores de la emoción y del

instinto frente a un intelectualismo supuestamente yerto. O de lo «vital» y lo «viril» frente al «refinamiento», al «artificio». O de lo «comunitario» frente a lo individual. O de lo simple frente a lo complejo. O de la espontaneidad humana frente a la operación de la máquina. Lo que vale también decir: lo rural, frente a lo urbano. De lo «autóctono», frente a lo «importado». De lo primitivo frente a lo evolucionado. De lo «orgánico» a lo «mecánico»"⁷.

En este juego de abstracciones opuestas se encuentra otra vez el pensamiento dualista de Real de Azúa, que se derramó primero sobre sus interpretaciones de la historia rioplatense y sus personajes. Ellas renovaron y actualizaron viejas y cómodas dicotomías:

- unitarios y federales,
- civilización y barbarie (Sarmiento),
- caudillos y doctores (Pivel Devoto),
- campo y ciudad, Montevideo/Interior, Buenos Aires/Provincias, que constituyen la larga duración en la historia.

El aportó su propia semántica: civilismo burgués y caudillismo rural. Veamos cómo operó el dualismo en el período que, en el Uruguay, se extendió de 1830, en que la Banda Oriental se constituye como Estado, a 1843, en que comienza el sitio de Montevideo. Mucha cautela utilizó para referirse a la Convención Preliminar de Paz, con la que el Imperio Británico zanjó la guerra entre las Provincias Unidas y el Reino de Brasil⁸, pero que no sustrajo al flamante Estado de las tormentas regionales y de las fuerzas que operaban en el Río de la Plata. El conflicto está contemplado panorámicamente como la reproducción local de un enfrentamiento vasto y dramático:

"En lo político, era el choque entre el civilismo burgués y el caudillismo rural en su variedad de formas; entre el liberalismo, el «despotismo ilustrado» y el despotismo simplemente cerril. En lo económico, eran las contradicciones irresueltas entre el desarrollo agrario equitativo de todas las zonas, las pretensiones monopolistas de la clase comercial o letrada de nuestras capitales y la disconformidad inapagable de los sectores pauperizados del agro. En los dos planos anteriores, era la tensión creciente entre la aspiración porteña (Buenos Aires) a la hegemonía, y los derechos ya madurados en viva conciencia, de todas las provincias. Intrincado con todas ellas se daba también el antagonismo horizontal de la ciudad y el campo, y abarcándolas todas, desbordándolas hasta profundidades mayores, el choque socio-cultural de formas de vida criollas y formas de vida europeas, de Tradición y Modernidad. Agréguese a todo el impacto de la penetración anglo-francesa y la también progresiva resistencia que ella suscitaba y se

tendrá apenas una formulación cortísima de ese nudo de conflictos que desafia toda las interpretaciones monistas, todas las simplificaciones. Un nudo de conflictos del que apenas son cifra suficiente, símbolo inadecuado, los términos «unitarios» y «federales», de Unidad y Federación que inflamaron medio siglo los ánimos, que afilaron las armas y las plumas⁹.

Como intérprete del pasado nacional, sería cómodo ubicar a Real de Azúa en alguna de las corrientes del revisionismo histórico. Pero ubicar a un dialéctico devoto del matiz presenta sus dificultades, sin contar el derecho de cambiar de opinión que el dialéctico siempre se reserva. Así, en una nota perdida en la reedición de su ensayo sobre el "Desarraigo ríoplatense", aclaró en 1975 que una alusión a Alvaro Alsogaray databa el texto en el año 1959, agregando: "Lo mismo lo dataría en el curso de mis ideas la obsesión antimilitarista que trasunta. Decir esto es también destacar que hoy, con todo lo que comporta y determina, esa obsesión está lejos de caracterizarme"¹⁰.

De todos modos, y con las debidas cautelas, Real de Azúa pertenece al movimiento revisionista, al que contribuyó con sagacidades y sutilezas propias. Incapaz de suscribir el esquematismo conspirativo de muchos revisionistas de izquierda o de derecha, él nunca dejó de percibir el proceso de modernización como un conflicto dramático que no pudo soslayarse y cuyo balance de ganancias y pérdidas se ha cerrado con saldos parciales negativos, lo que lo convierte en un conflicto irresuelto y repetible.

Dubitativo, se negó a aceptar que la modernización (occidentalización y europeización) fuera un proceso fatal y a la larga positivo. Tuvo el barrunto, como cuadro de fondo, de que la modernización habría podido llegar a un compromiso con la tradición, lográndose así una creación original en toda la gama que se extiende de lo económico y social hasta la cultura. No cesó de preguntarse: ¿esta vía era factible?

En España se apresuró a sentenciar que la emancipación de la América española había sido prematura, idea prolongada por los vencidos españoles y que perduró hasta la hispanidad franquista. Real de Azúa reprimió mentalmente esta idea, pero ella retornó a medida que él iba registrando los debates y disyuntivas que se plantearon desde que en la independencia chocaron las alternativas de monarquía y república, de federación y centralismo unitario, es decir, la colisión de dos vías que parecieron factibles, aunque la realidad histórica determinó el triunfo de una y la obturación de la otra¹¹.

En el plano bien concreto de la tecnología: ¿la carreta arrastrada por bueyes o el ferrocarril como medios de transporte y comunicación?

Del sarcasmo implícito en la pregunta no cabe inferir que Real de Azúa cayera en la simpleza de discutir los méritos de la Edad de Bronce sobre la de Hierro, o las ventajas de la piedra tallada sobre la pulida, o de la superioridad de las tisanas sobre los antibióticos. Su mundo, por cierto, era el de las ideas, no el de la tecnología; pero bien supo que la modernización fue un proceso invasor en el que no se pudo espigar tales o cuales ofertas como en un bazar. La propia tecnología porta consigo valores culturales que acaban impregnando a la sociedad que la recibe o que le es impuesta.

Frente a la historiografía lineal, "progresista", alienada y fatalista que redactaron los liberales e incluso algunos marxistas esquemáticos, Real de Azúa reavivó las tensiones dramáticas a las que se enfrentó al siglo XIX uruguayo, las que bien expuestas ilustran y aconsejan sobre las disyuntivas actuales.

Queda el siguiente rastro parcial, en un párrafo que se abre y se cierra con acuciantes signos de interrogación: "Pues la cuestión es esta (y su importancia no se restringe a nuestro continente): ¿Uruguay, Argentina y sus vecinas del hemisferio pudieron y debieron modernizarse, lo hicieron efectivamente, siguiendo las líneas de la modernización europea occidental? Lo que tal proceso representa: imposición de las burguesías propietarias de las ciudades, gobiernos civiles nominalmente representativos con todos sus accesorios, apertura total al capital, espíritu empresario y masa humana europeos, confianza sustancial en la armonía de intereses entre las «naciones rectoras» y «adelantadas» y las nuevas, sustitución global de los valores culturales tradicionales por los de la modernidad capitalista y sus ideologías más prestigiosas, ¿representó la vía más idónea para lograr el crecimiento de nuestros pueblos, su desarrollo armónico, su desembarazado crecimiento futuro, su perfilamiento y la salvación de sus posibles peculiaridades valiosas?"¹².

Sobre los sentimientos que engendra la conciencia de lo que no pudo ser, se han escrito sombríos poemas, elegías historiográficas y patéticas meditaciones filosóficas. Real de Azúa contribuyó a esta literatura con dos piezas. La primera es el ensayo sobre el Uruguay como sociedad amortiguadora y que se publicó póstumamente. La segunda es *El clivaje*, contra la tesis de Gunder Frank y los treinta y nueve escalones o variables cuyo análisis condujo al escritor uruguayo a encumbrarse en zonas de la filosofía de la historia, o por lo menos las que ésta comparte con superiores cogitaciones de las ciencias sociales. Ensayo altamente especulativo, por cierto, fue *El clivaje* uno de los últimos espe-

jos, nuevamente ambiguo y fronterizo, frente al cual Real de Azúa decidió contemplarse y medirse, en una brevísima summa que lo enlazara con el joven de veintiséis años que escribió *España*.

Nuevo retorno a la matriz: "Ni en el presente ni en el pasado, caben satisfacción contenida. Fue un fracaso la independencia, debemos tener el valor de decirlo..."¹³. Treinta años después, insistió apesadumbrado en "el fracaso latinoamericano"¹⁴.

Por encima del ensayo, un título sonoro, geológico, que resuena como una trompeta de advertencia: clivaje, que se refiere a la propiedad que tienen algunos minerales de segmentarse fácilmente en láminas. Real de Azúa no se atrevió, lo dijo, a utilizar las expresiones o categorías de "cisma" y "escisión", porque denotan "un proceso de polarización y separación dentro de un conjunto ya efectivamente unificado"¹⁵. Su mirada abandonaba el arquetipo de la Europa medieval, que era lo que estaba unido y se escindió con el cisma, para pasearla sobre el resto del mundo durante cuatro siglos y pico. En este vasto trozo temporal y geográfico, que no estaba unido, se produjeron las segmentaciones como láminas.

Como obertura, un acápite que recoge una majestuosa reflexión de Malraux: "Algo comenzó alrededor de 1450. La conquista del mundo por Europa, seguida de la colonización. Fuimos nosotros los que descubrimos el mundo. Nadie nos descubrió. Esta era duró quinientos años. El año 1950 marcó el fin del período. India se hizo libre en 1947. Mao llegó al poder en 1949 [...] Vivimos realmente entre dos civilizaciones: la colonial y la poscolonial descolonizada, la cual no conocemos sino sólo presentimos."

El dualismo reaparece con las dos civilizaciones. Por debajo, la pregunta que el joven de veinticinco años se planteara, ese "qué nos ha pasado" constantemente reelaborado en decenas de escritos y que en *El clivaje* se refiere a la condición del Tercer Mundo, y una latente América Latina en particular, frente a la exitosa modernización de seis países: Japón, Estados Unidos, Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda¹⁶. ¿Por qué ellos tuvieron éxito en la urbanización e industrialización, en la secularización y hasta en el "desencatamiento del mundo"?

Las treinta y nueve variables fueron elaboradas precisamente para arimar algunas respuestas. Luego de considerarlas, cualquier lector atento tiene derecho a interponer preguntas y perspectivas propias. Por ejemplo:

- El autor no explica y tampoco se entiende por qué fueron excluidas dos revoluciones exitosas, como las de Rusia y China, que cambiaron el curso de la historia. Tampoco menciona la revolución cubana. Las

tres le habrían complicado, es cierto, el juego de las variables, y también la vida.

- Es cuestionable que se considere exitosa la modernización alcanzada por la sociedad racista sudafricana; quizá por esto la dejó de lado.

- Canadá es de hecho una semicolonía económica de Estados Unidos, condición contra la que no se revela abiertamente, en el entendido de que los términos del negocio le convienen. Mantiene, eso sí, una política exterior relativamente independiente.

- Brasil es hoy la novena potencia industrial del mundo, lugar que obtuvo por o a pesar de (elíjase) gobiernos militares ejercidos continuamente durante veinte años.

- No presenta una discusión satisfactoria del fenómeno imperialista y sus teorías, que no se limitan por cierto a la de Lenin.

- Nueva Zelanda es un pequeño país agrario, como Uruguay, aunque con mejor nivel de vida; pero la alta productividad de sus campos se debe a la tecnificación y ésta al elevado precio de las áreas ganaderas y a los altos salarios que perciben los trabajadores rurales, lo que es exactamente lo contrario de lo que sucede en Uruguay. En Nueva Zelanda no hay latifundios.

- Los ecologistas han sembrado dudas muy razonables acerca de los beneficios alcanzados en casos extremos de industrialización y urbanización; y ellos, que provienen del anarquismo utópico, presentan raíces y razonamientos que no son demasiado opuestos a los de Real de Azúa.

Y así podría continuarse e interponiendo prolongadas objeciones sobre detalles específicos de los argumentos y las vistas globales del escritor uruguayo. Hecho el balance, el propio Real de Azúa se habría preguntado, como lo hizo para el Uruguay: modernización, ¿dónde está tu victoria?

Consideremos el caso de Japón, admitiendo que ha dejado perplejos a numerosos comparatistas, entre ellos nada menos que al eminente Eric Hobsbawm, a quien Real de Azúa llegó a leer y citar¹⁷. Si Japón se apresuró a industrializarse durante la Era Meiji se debe a que contempló con temor las humillaciones a que era sometido el Imperio Chino por las potencias imperialistas europeas. Los militares encararon la modernización como un asunto de seguridad nacional y para obtener sus materias primas emprendieron su propia carrera imperialista, que los consagró inicialmente con la derrota del Imperio Zarista en 1905, los proyectó en la esfera de coprosperidad asiática y Estados Unidos tuvo que detenerlos con dos bombas atómicas. Pero la acumulación imperialista ya se había logrado.

Un examen similar, por otra parte demasiado bien conocido, podría aplicarse a Estados Unidos. Hacia 1975, cuando Real de Azúa fechaba su ensayo, ya podía advertirse el conjunto de factores que estaban llevando a ese país a la declinación industrial y al descenso del nivel de vida relativo. También en esos años se acumulaban las evidencias de que Estados Unidos era, en cambio, la mayor potencia militar del mundo, pese a lo cual fue derrotada en Vietnam. Otra vez: modernización, ¿dónde está tu victoria?

Una superficial consideración de *El clivaje* podría sugerir un desplazamiento del eje valorativo de Real de Azúa, quien después de reprobar el proceso de modernización que habría roto la unidad perdida en una arquetípica Edad Media (Gremio, Familia, Iglesia, Estatuto, Feudo, Comunidad, Ser y Pertenencia) que él absorbió sobre todo en el alemán Landsberg y otros pensadores cristianos, giraba en su ensayo póstumamente hacia una suerte de reproche a los países que no habían sabido o podido "desamarrar" (así tradujo el término *take-off* del economista norteamericano Rostov) y emprender un camino propio e independiente.

El matiz novedoso de este ensayo es la pesimista conclusión del "fracaso latinoamericano", que tiene el precedente del fracaso de la independencia, decretado en su primer libro. En consecuencia, nunca habríamos debido emanciparnos de España, de la Madre Patria, o habríamos convenido hacerlo lenta, cautelosa y progresivamente, como hijos agradecidos, según lo hicieron los dominios británicos. Qué decir entonces de la triunfal excepción de Estados Unidos, es uno de los tantos puntos comparativos que este ensayo no aclara. Ellos superaron el desgarramiento pero nosotros, condenados a la minoridad, eternos niños de la historia, cometimos el doble y luciferino pecado de la soberbia y la separación. Por eso fuimos castigados. Tradición, ahora comprendemos dónde está tu victoria.

Por extraña y aventurada que pueda parecer la empresa de someter el significado de los últimos cuatrocientos años de la historia mundial en el brete de ciento treinta páginas, Real de Azúa se la debía a sí mismo por imperio de su propio desarrollo intelectual, alcanzado en plena madurez. Le urgía explicarse el mundo, que era como interpretarse a sí mismo. Al fin de cuentas, si bien Toynbee consumió catorce tomos para desplegar su interpretación del devenir de las civilizaciones, su ambición cabía en una única metáfora, la de la crisálida, es decir, la imagen dialéctica del surgimiento de una civilización dentro del proceso de decadencia y muerte de la que la precedió. Pero el modelo de Toynbee era el Imperio Romano, un acontecimiento histórico; en tanto que el de

Real de Azúa era una Edad Media arquetípica, que jamás existió históricamente.

La idea germen de Real de Azúa fue igualmente metafórica, dialéctica y sencilla: la pérdida de la unidad, que es la tradición, por el cisma y la apostasía de la modernidad. Si Estados Unidos triunfó se debe a que ya era moderno antes de emanciparse; América Latina, en cambio, no superó el trauma de la independencia. Pero esta certeza no despeja en definitiva el enigma histórico que Real de Azúa se planteó: ¿por qué Estados Unidos era moderno antes de la emancipación y las colonias españolas no?

El debate, incluyendo el caso de Japón, se divide conflictivamente entre la teología y la investigación histórica comparada, a la que muy pocos aportes ofrece la ciencia política.

Como nunca habrá paz ni conciliación entre la historia y la teología, el debate sobre el "qué nos ha pasado" se expresó en Real de Azúa en dos cuestiones derivadas: el poder político y las clases gobernantes por un lado y por otro el sitio y destino de los países pequeños, particularmente Uruguay, en el mundo contemporáneo. Los veremos a continuación.

NOTAS DEL CAPITULO V

1 *España*, p. 31

2 *Id.*, p. 32.

3 *Ib.*, 33.

4 *El clivaje*, pp. 117/8.

5 *Marcha*, 31 de diciembre de 1953, No. 703, sobre el libro de Baltasar Mezzera, *Blancos y colorados*, Montevideo, Imprenta García, 1952. Real de Azúa, pese a su desbordante entusiasmo, no pudo cambiar el oscuro destino de este libro, del mismo modo que fracasó en su esfuerzo por integrar con Mezzera y otros un pensamiento tradicionalista y antimoderno en el Uruguay. Véanse las resignadas pp. 463/6 de la *Antología* cit., obra esta última que certifica su fracaso. A Mezzera podrían agregarse los nombres de Guillermo Stewart Vargas, Manuel Fonseca, W. Reyes Abadie, Alberto Methol Ferré, Anibal Alzaga y otros del Partido Nacional. La poderosa corriente liberal del país impuso un cortés o ignorante rechazo a estos intentos, que han devenido marginales y ligeramente heréticos ante el Establishment. En definitiva, Real de Azúa fue el máximo exponente de la tendencia antimoderna, él sí escuchado y respetado por su brillo intelectual.

6 *Marcha* No. 703 cit. El libro de Maritain aludido es *Problemas espirituales de una Nueva Cristiandad*.

7 *Herrera: el nacionalismo agrario*, Enciclopedia uruguaya, Nro. 50, Montevideo, s.f. (1969), p. 194.

8 Las menciones a la referida Convención, que gestó la independencia de la Banda Oriental y su separación de las Provincias Unidas, son ocasionales y vagas en la obra de Real de Azúa.

9 *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Ediciones Asir, 1961, p. 88.

10 *Historia visible*, cit., p. 99, nota final. En los ejemplares que salieron de la imprenta, la nota lleva el número 8. Pero en el ejemplar que corrigió el autor de su puño y letra y que me entregó, ese número fue sustituido por el 14, con referencia a la página anterior. Así se hace inteligible. En la impresión se omitieron siete citas.

11 Para las disyuntivas de la modernización en el Uruguay, véase su *Pensamiento y literatura en el siglo XIX: las ideas y los debates*. Capítulo Oriental No. 8, pp. 124 a 126.

12 *El Uruguay como reflexión* (II). Capítulo Oriental No. 37. Montevideo, 1969, p. 583.

13 *España*, p. 247.

14 *El clivaje*, p. 126.

15 *Id.*, p. 22, nota 22.

16 Baltasar Mezzera adelantó la consideración de los British Dominions; ver *Blancos y colorados*, cit., pp. 260/1. Real de Azúa recogió la referencia en la caudalosa reseña ya citada. En general, con Real de Azúa, Mezzera, Stewart Vargas y otros estamos asistiendo a las reflexiones de los que leyeron y aprovecharon mucho la traducción que hizo Revista de Occidente del libro de Spengler.

17 *El clivaje*, cit., p. 64, nota 23 bis.

VI

PODER POLITICO Y CLASE GOBERNANTE

Real de Azúa fue un escritor independiente y un solitario artesano intelectual. Pero su trayectoria no se entendería cabalmente si se la desprendiera de la referencia acerca de las cátedras que ocupó y de las instituciones a que perteneció.

Profesor de literatura desde los veinte años, fue después uno de los primeros docentes del Instituto de Profesores, fundado en 1950, donde dictó dos asignaturas: estética literaria e historia de la literatura iberoamericana. Mucho después, a partir de 1967, enseñó ciencia política en la Facultad de Ciencias Económicas y se asoció como investigador al Instituto de Economía de la mencionada facultad y al Centro de Información y Estudios del Uruguay (CIESU).

La creación de la primera cátedra de ciencia política fue planteada y aprobada, en 1955, por la delegación estudiantil de abogacía ante el claustro que examinaba la reforma del plan de estudios en la Facultad de Derecho, con el propósito de ampliar las asignaturas de ciencia sociales.¹

Hasta entonces la ciencia política era virtualmente desconocida en el ambiente académico uruguayo y en buena parte de América Latina, excepto para quien manejara la bibliografía francesa y norteamericana. Ella tiene por objeto el estudio de ese aspecto del poder social que es el poder político, quiénes lo ejercen, cómo y porqué; es decir, *who gets what, when and how*, según la fórmula de los especialistas norteamericanos. En el Uruguay algunos temas eran tratados en los cursos de derecho público, aunque —claro está— con metodologías y enfoque jurídicos.

El miembro de la delegación estudiantil que propuso y obtuvo la creación de la cátedra de ciencia política, organizó poco después, con propósitos de divulgación, un cursillo introductorio, para el que debió reclutar a políticos, periodistas y profesores que estuvieran cercanos a la nueva disciplina. Participaron, entre otros, Isaac Ganón, Emilio Frugoni, Vivián Trías y Oscar Bruschera². Pero ni al organizador, y quizás a nadie, se le ocurrió que el ensayista que acababa de publicar un brillante análisis de la carrera de Eduardo Mallea en una copetuda y minoritaria revista literaria, tuviera una latente y escondida vocación por la ciencia política. Fue un error, porque un atento escrutinio de ese ensayo sobre Mallea habría revelado las potencialidades de Real de Azúa, y mucho más su opus primerizo y casi clandestino.

España es, en efecto, un libro pionero, aunque pueda despistar aún hoy algún tratamiento cercano al derecho constitucional, comprensible en el entonces estudiante de abogacía, y sobre todo valoraciones políticas de altísima temperatura ética de origen católico. El derecho desapareció para siempre en su obra, pese a que se recibió de abogado en 1946; pero el concentrado moralizante, tan contrario a la objetividad de la ciencia política, persistió durante años, hasta quedar encubierto por terminologías y categorías sofisticadas que se inspiraban en los tratadistas norteamericanos.

El régimen franquista, visto de cerca y de lejos, le permitió aplicar por primera vez la caracterización del Príncipe Cristiano. El estadista, el gobernante, ha de tener de ahora en adelante, en el análisis político de Real de Azúa, además de energía y capacidad realizadora, dos virtudes cimeras: Caridad e Inteligencia, con C e I mayúsculas. Sobre esta matriz ética, tan paternalista, juzgó Real de Azúa la calidad y grandeza de todo líder político. Fue el antimaquavelo.

Ya no se trataba de que Serrano Suñer fuera el hombre más odiado de España, ni del rencor, la miopía y la pequeñez física y espiritual del Caudillo. Para el viajero sudamericano, Franco era rechazable por su "atroz frigidéz y falta de simpatía", porque ponía "una distancia demasiado higiénica con todos y con todo", pero más que nada porque, al término de la guerra civil, mostraba "la carencia de un gran gesto de generosidad, de una efusión bondadosa..."³ Aplicó la misma escala a Batlle, también al término de una guerra civil, la de 1904, y su primera presidencia: "al margen de cierta efectiva grandeza personal, no eran su fuerte los amplios gestos de reconciliación y generosidad y que, por lo menos hacia esos tiempos, le sobró cierto encono, pequeño, áspero, en el trato con sus adversarios"⁴.

No todo fue eticismo ni paternalismo en *España*. Allí aparecieron los grandes temas de la ciencia política: papel del Estado y de la clase gobernante, sindicatos, religión y partidos políticos, relaciones internacionales, medios de comunicación y opinión pública, tratados de manera abstracta primero y luego bajados hacia el caso español en los tres o cuatro años posteriores a la guerra civil. Es decir, caracterización del Estado totalitario en el régimen franquista, la Iglesia española, la Falange o FET de las JONS como partido único, los sindicatos verticales, la prensa y hasta amplios agregados acerca del intento de penetración ideológica a través de la doctrina de la hispanidad. Entre una variedad de apuntes laterales, se encuentra también el tema, que desarrolló treinta años después, del Uruguay.

Todo poder es, en definitiva, una relación entrecruzada y jerarquizada de personas, de las cuales hay unas pocas que mandan y se hacen obedecer por las que están abajo subordinadas. De los tantos temas de la ciencia política y de la historia, a Real de Azúa le sedujo casi exclusivamente el estudio de la clase gobernante y las elites, preocupación que en su libro inicial hizo remontar a Gobineau⁵.

Ciertas páginas de *España* son relevantes a los efectos del tema. En ellas se asiste al surgimiento de la idea en medio de un ingenuo voluntarismo: "... la necesidad sentida por todos los regímenes, de una clase directora, de una elite eficiente, desinteresada y con estilo y visión comunes, como las que hicieron la grandeza de Roma e Inglaterra." Con ecos de Emmanuel Mounier dijo algo más: "Necesitamos una clase dirigente, imagen representativa de la sociedad, ampliamente reclutada. Necesitamos en toda la vida social, la función de unos jefes libremente elegidos, consentidos y responsables." Casi en seguida se pronunció sorpresivamente en favor del colegiado, experiencia que clausuró el golpe de Estado de 1933: "Conseguida esta unidad moral del país y de su clase dirigente, con un Estado provisto de ejecutividad y precisión, combinando esa difícil mixtura de lo político y lo técnico, un colegiado ejecutivo, y tocamos aquí algo vivo en el Uruguay, podría ser una realidad." Cuando retornó el colegiado en 1951, Real de Azúa lo combatió precisamente porque carecía de eficiencia y ejecutividad.

Pasemos por alto el anhelo, improbable históricamente, del desinterés reinando en la cumbre, para señalar la oscilación terminológica que no llegó a la estabilidad ni en sus escritos publicados ni en los inéditos: elite, clase dirigente, clase dominante, clase directora, clase gobernante, clases o sectores dirigentes⁶. Esta indecisión no es por el momento de interés, porque en realidad las preocupaciones de Real de Azúa vinieron a desembocar en su libro más rico y redondo, *El patriciado uruguayo*, que sedujo precisamente por la originalidad que le concedía un tratamiento situado entre la historiografía y la ciencia política.

Una de las primeras referencias al patriciado puede localizarse en la vasta y generosa reseña que Real de Azúa dedicó al libro de Mezzera, quien luego de enfrentar al gauchaje con la modernización, adujo otro enfrentamiento, el de patricios y plebeyos, derivado de la historia romana. En la síntesis de Real de Azúa, "Patriciado es el grupo que está dotado de vida distinguida, y es rico y director."⁷ Otra huella se advierte en su evaluación de Mallea, quien en 1935 había empleado el término patricio, aludiendo con él no a cualquier clase de prócer "sino a muy particulares circunstancias de naturaleza y espíritu que aparecieron conju-

gándose en algunos hombres de nuestro albor estadual y que alcanzaron su máxima sustanciación en San Martín⁸.

La publicación en 1957 de la traducción al español de *La elite del poder* de C. Wright Mills produjo efectos en América: Fidel Castro la leyó en la Sierra Maestra y en Montevideo Vivían Trías y Real de Azúa la estudiaron concienzudamente. El imaginativo sociólogo norteamericano proporcionó a los dos uruguayos un modelo en el cual inspirarse, con efectos denunciatorios en Trías y angustias metodológicas en Real de Azúa, según se percibe ya en *El patriciado*.

Aplicado al Uruguay, el de patriciado "es un concepto de clase fundacional especialísimo". Los miembros del patriciado uruguayo pertenecieron a las clases altas, urbanas, estuvieron dotados de cierto nivel de cultura, exhibieron cierto decoro exterior y su presencia suponía una organización republicana de gobierno⁹.

Ocho años después, Real de Azúa dio un paso adelante en su investigación: leyó más, pensó mucho, matizó mejor. Entregó un breve y abarcador panorama de la cuestión en *La clase dirigente*¹⁰, con ejemplos finales del copamiento de "intrusos políticos" tomados de acontecimientos producidos en el régimen de Jorge Pacheco. De allí derivó sus reflexiones hacia la legitimidad del poder, cómo se adquiere y se pierde esa legitimidad, por que alguien es obedecido y otros no, lo que se expone en *Legitimidad, apoyo y poder político*¹¹.

En este último trabajo hay dos ensayos. Uno académico y algo escolar, que discute minuciosamente las tipologías de autoridad, arrancando de Max Weber y de un tropel de autores norteamericanos no muy agudos, a partir de los cuales Real de Azúa estableció ideas y categorías propias. Otro sobre el caudillismo rioplatense, que ejemplifica históricamente la modalidad de arrastre y legitimación que tuvo el prestigio de los caudillos rurales y populares, aunque no siempre democráticos y con frecuencia conservadores del orden social, que pocos de ellos cuestionaron.

De todos los grandes temas que figuran en la historia y en la ciencia política, algunos de los cuales se encuentran en vívidos escorzos en la lejana *España* (sindicatos, elecciones, partidos políticos, opinión pública, medios de comunicación), Real de Azúa se concentró casi obsesivamente en uno solo.

Séptimo rasgo de su personalidad: su mirada de observador y analista político tuvo algo de participativa, de próxima y cercana a su objeto de estudio, ya que siempre contempló inquisitivamente a sus iguales y allegados en la cumbre de la estructura social; les llame elites, clases gobernantes y dirigentes para el presente de la ciencia política, o patricios y

caudillos para el pasado de la historia, es siempre ese fragmento del poder social el que lo desveló en sus investigaciones.

Su mirada hacia la cumbre estuvo juvenilmente cargada de valoraciones éticas, que resultaban de una aplicación de normas y principios cristianos y paternalistas, en especial los de generosidad y caridad. Así correspondía a su formación antimachiavélica, que utilizó para enjuiciar figuras históricas de magnitud, tanto en España como en su país. Sumergido en la objetividad de la ciencia política, los valores internalizados se fueron atenuando. Es posible también que en el Uruguay ya no hubiera ninguna figura que soportara las medidas de una vara tan exigente. El país se había empequeñecido.

NOTAS DEL CAPITULO VI

1 Las otras dos que se enseñaban eran economía y sociología. Esta última se dividió en dos cursos anuales, el primero dedicado a la sociología general y el segundo a la sociología nacional. El informe sobre ciencia política de la delegación estudiantil, que fue aprobado, puede consultarse en el Anexo 2 de: *Facultad de Derecho y Ciencias sociales, Comisión sobre Planes de Estudios de Abogacía y Revisión del Régimen de Garantías de Capacitación Técnica para el Ingreso al Ejercicio Profesional*, Montevideo, mimeo, setiembre de 1955. El anexo mencionado contiene una introducción seguida de capitulillos sobre el objetivo de la disciplina, lo que es y lo que enseña; agrega con propósitos ilustrativos un esquema del curso y un desglose de todo el bolillado.

2 *La Revista del Centro de Estudiantes de Derecho* publicó en su número de setiembre de 1958 la versión taquigráfica del cursillo.

3 *España*, p. 150.

4 En el ensayo sobre Carlos Roxlo cit., p. 46. Compárese también la caracterización bipolar de Batlle que se discute en el capítulo cuarto del presente trabajo.

5 Los antecedentes son por cierto más lejanos. En *España*, p. 140, recomiendo sobre el tema la lectura de Cantalupo y Marcelo Sánchez Sorondo (hacia la derecha) y de Leo Ferrero, Daniel Halevy y Maurice Muret (hacia el liberalismo). Ni una palabra sobre Maquiavelo, un clásico sobre el que nunca se expresó directamente. Tampoco se pronunció sobre los llamados, por Burnham hace treinta años, los "maquiavelistas" (Pareto, Mosca, Michels). En *La clase dirigente*, cit., se limitó a poner sus fotos. Como es imposible que los desconociera, las dudas se despejarán cuando se publique su libro inédito *El poder en la cúspide. Elites, sectores dirigentes y clase gobernante* (276 folios copiados a máquina, compuesto de cinco partes y seis apéndices).

6 Para las denominaciones, véase Memorandum No. 34 de Carlos Real de Azúa a Investigadores, Instituto de Economía, 14 de julio de 1969, que es una introducción metodológica.

7 "Una interpretación del país...", cit. *Marcha*, 15 de enero de 1954, No. 704.

8 El entrecomillado pertenece a *Conocimiento y expresión de la Argentina*. Ver "Una carrera literaria", cit. p. 119.

9 *El patriciado*, cit. pp. 9 a 12.

10 Colección Nuestra Tierra, No. 34, Montevideo, 1969.

11 Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1969.

VII

LO PEQUEÑO ES HORROROSO

En algún momento de los años treinta, en no se sabe bien qué círculo o peña de Montevideo, se discutió la posible unión de Uruguay con la Argentina. Así se deduce de un extraño pasaje de *España*, que conserva el olor y el sabor del Anschluss o acto de anexión de Hitler sobre Austria (marzo de 1938).

Cierto es que Real de Azúa rechazó en 1943 esa posibilidad, en beneficio de una "unidad total, con los Estados Unidos", a los efectos de la lucha contra el fascismo. "Nada de unificaciones parciales que no harán sino crear tensiones de poder y de ambiciones. Nada de ponerse a restaurar la vieja federación bolivariana, o la de América Central, o crear la del grupo de naciones nacidas del virreinato del Río de la Plata."

Si nos uniéramos a la Argentina, ésta nos utilizaría (seguimos en 1943) en un juego hostil contra Brasil y Estados Unidos. En el extraño pasaje y refiriéndose a sí mismo en plural, dijo Real de Azúa: "Nosotros, que en cierta época hemos sido partidarios, si no de una unión, de un estrecho pacto confederal, creemos que además de los decisivos argumentos dados, una fusión de tal entidad se realizaría bajo condiciones de prepotencia y subordinación. [...] Además el Uruguay, junto a ciertos defectos, hoy representa «valores» que se esterilizarían completamente con una unión con la Argentina: cierta rara y valiosa aptitud para ver como nación lo «universal», en términos de limpio desinterés; su equilibrio de clases, su natural democracia social, el más recio soporte de su democracia política; su sentido de la Humildad, de los «valores» pobres; su nacionalismo económico y su relativa inmunidad al tentáculo supercapitalista; la eficiencia relativa, comparativa, de su Estado. Los dictados de una historia dudosa y ya prescripta, no pesan más fuerte. Las pequeñas naciones todavía tenemos una gran función en el mundo."¹

Las reflexiones de 1943 retornaron ampliadas en un documento que redactó para la CEPAL y en un ensayo breve que escribió durante las noches cuando se encontraba dictando un curso en la Universidad de Columbia, abril y mayo de 1975. Pero su visión del Uruguay había cambiado a fondo y no eran muy firmes sus convicciones acerca del papel que han de cumplir las pequeñas naciones.

Dentro de esos treinta años largos, donde tanta historia transcurrió, no reinó en Real de Azúa el vacío reflexivo sobre estos temas. Una de las primeras discrepancias sobre el sano y juvenil elogio del Uruguay

hacia 1943, se percibe hoy en un ensayo sobre el estado de la cultura y el país hacia 1957, un año antes de la histórica derrota electoral del Partido Colorado. Está precedida por una suerte de autocrítica de pliegues alienatorios de la Generación del 45: "Una cultura de consumidores y de espectadores, con tan prominente atención por ciertas manifestaciones: cine, música, novela (extranjeras), resultará en nuestras condiciones presentes una actividad en algún modo vicaria, sonambúlica, espectral."

De un rechazo elitista de la incipiente cultura de masas, Real de Azúa derivó en su ensayo hacia una pesimista versión del país: "con un suelo pobre, con un subsuelo peor, con un Estado desquiciador, con un aparato maquinístico descalabrado [sic, seguramente se refirió al equipamiento industrial], con una producción estancada, con una productividad en descenso, con un ideal de holganza y seguridad que mira con horror al trabajo..."

El pesimismo de derecha fue girando hacia el destino mismo del país: "Como uruguayos sabemos que un período de irresponsabilidad, malabarismo e ilusión toca a su fin. Toca a su fin inexorablemente, por agotamiento del juego sin que sea dable predecir detrás la reacción segura o, por el contrario, un interregno de desquicio supremo tras el cual la *entidad misma del país, nuestra existencia independiente misma, se hará problemática.*"²

Los subrayados finales nos pertenecen y se destinan a destacar esa profecía sin anestesia. El ensayo citado integró el gran movimiento de ideas acerca del destino del país que coaguló en torno a tres revistas minoritarias (*Nexo, Tribuna universitaria, Nuestro Tiempo*) durante el segundo lustro de los años cincuenta.

Los intereses exquisitamente literarios y estéticos de la Generación del 45, recusados por alienatorios, se volcaron hacia una reconsideración del país, que prosiguió en términos cada vez más agrios durante los años sesenta. El sistema político entonces vigente perdió así el apoyo de la mayoría de la clase intelectual, que se constituyó en abierta disidencia. Intervinieron sociólogos, geógrafos, economistas, demógrafos, historiadores y simples opinantes periodísticos. Pese a la inevitable frustración posterior, cuando los militares se sumaron a la discusión empleando muy malos modales, esos años de agitación ideológica han sido de los más ricos y explosivos que tuvo el país.

Real de Azúa fue uno de los principales agitadores intelectuales del período. En su libro sobre (contra) el batllismo, deslizó otro apunte acerca de la magnitud de los países y la estrechez del mercado interno: "Una señal, si se quiere, uno de los muchos lados desde el que se puede presentar el capital problema de la «magnitud nacional», geográfica, de-

mográfica y económica, en que una empresa modernizadora se hace factible y el acuciante para nosotros de qué porvenir poseen, como tales, las pequeñas naciones"³.

Diez años después, contratado por la CEPAL, produjo en carácter de consultor un documento⁴ en el que utilizó una terminología eufemística, plaga y pegote de los organismos internacionales, para considerar las posibilidades de supervivencia y desarrollo de las pequeñas naciones. El Uruguay, que en junio de 1973 había inaugurado su dictadura, pasó a integrar, en las muy personales categorías de Real de Azúa, el grupo de países caracterizados por un estilo de desarrollo designado "Alfa o constrictivo", que parece aludir a una constelación de las galaxias cuando en realidad debe traducirse al sencillo por autoritario/conservador, o llanamente gobierno militar.

Hay países pequeños que, por sus condiciones geográficas y de acuerdo con Real de Azúa, les está vedado hasta el derecho de insurrección. En la extensa enumeración de sus servidumbres, padecen la desventaja de que la represión y el control de la población alcanzan mayor eficacia en espacios reducidos y poco accidentados.⁵

En aquellos años amargos, Real de Azúa citó un diagnóstico del nacionalista brasileño Helio Jaguaribe, emitido a comienzos de los años sesenta y según el cual el Uruguay "está acercándose visiblemente al límite de su resistencia como ámbito para mantener el desarrollo nacional"⁶.

Si bien nuestro autor iba perfeccionando los tonos sombríos de su interpretación, en las miradas que echó hacia atrás eludió otra vez pronunciarse sobre la Convención Preliminar de Paz de 1828, quizá porque nunca se atrevió a chocar abierta y frontalmente contra la historiografía oficial.

Supo bien lo que quiere decir, en la historia internacional, un Estado tapón, cómo y por qué se crean esos Estados, qué función esperan las potencias que ellos cumplan y cómo están dispuestas a imponerles el cumplimiento. Empecinado en el matiz e inclinado hacia la originalidad, evitó el truismo mediante la consulta de diccionarios y enciclopedias, observó su auto y conversó con su mecánico. Si se hubiera detenido en el Webster's habría leído:

ESTADO TAPON (BUFFER STATE), "un Estado pequeño e independiente situado entre dos poderes grandes y antagonicos, y destinado a atenuar, a reducir la posibilidad de conflicto entre ellos."

AMORTIGUADOR (BUFFER), "1, un cojín, un protector, o aparato con fuertes resortes destinados a amortiguar el golpe o absorber el choque de un impacto o colisión, como se encuentran en los vagones de fe-

rocarril o al final de la vía. 2, todo lo que sirve para amortiguar y absorber golpes"⁷.

De la misma manera que existen varios dispositivos de amortiguación y todos suavizan y reducen los movimientos bruscos, sería posible pensar que existen sociedades amortiguadoras. Con esta metáfora presente en el razonamiento histórico, Real de Azúa pudo extender secreta y clandestinamente la condición de Estado tapón o amortiguador a toda la sociedad uruguaya. Ya se encontraba en condiciones de eludir el truísmo, la mención de ese Estado tapón del cual hablaban los nacionalistas argentinos, tan peyorativo y desdorado incluso para ellos, porque les recuerda una humillación nacional, una incapacidad bélica y financiera, el abandono de la provincia hermana y la derrota política frente al Imperio Británico, que no fue la primera ni sería la última.

Por lo demás, ¿no había acaso Luis Alberto de Herrera, el caudillo blanco, congregado y comentado la inédita documentación inglesa de la misión Ponsonby, proponiendo una lectura tranquilizadora de papeles que mostraban el triunfo de los intereses británicos en una brillante, tenaz y paciente presión diplomática? Algodón entre dos cristales, Estado tapón o sociedad amortiguadora: más bien esto último. La sociedad uruguaya adquirió así, en su mente, la condición de *buffer* desde el momento de su concepción y nacimiento.

Octavo rasgo de su personalidad: Real de Azúa amaba el orden y la tradición, la estabilidad y los orteguianos estratos de concordia, la verdad con matices y ajustes, los tornasolados juegos de método y teoría, que esfuman, amortiguan y absorben extremos, golpes y colisiones. Como el batllismo, al que sincera e íntimamente detestaba, él también tenía su impulso y su freno.

Por eso las tres décadas de batllismo le parecieron paradigmáticas, según lo comentó en la primera, parcial y más extensa exposición de su tesis, anunciada desde el título del libro de 1964, acerca del sentido de un fragmento decisivo de la historia de su pequeño país.

Del mismo modo que señaló, según vimos, elementos conservadores en los caudillos rurales que en el siglo pasado alzaban el poncho de apariencias revolucionarias, encontró amortiguadores incluso en la literatura. Con un golpe de vista sobre los héroes literarios del pasado, refiriéndose al romanticismo tardío de *Tabaré* y las primeras composiciones poéticas de Herrera y Reissig, observó, ya enamorado de su tesis: "Todos esos estilos y esas corrientes operaron entre nosotros según una precisa y casi infalible operación de limado de artistas, al servicio de la conciliación y el compromiso entre las partes. En nuestra literatura, como en nuestra historia política, parece haber sido inevitable la

inclinación por los arreglos y la dilución de todo concentrado medianamente agresivo. Es bueno advertir que este rasgo persiste hasta nuestros días y hace que tanto nuestras letras como nuestra sociedad entera sean un verdadero desierto de estridencias auténticas, aunque no de estridencias medidas"⁸.

Los jóvenes turbulentos gozan de excepciones, claro está. Real de Azúa emergió a la vida política, o más bien: a la especulación política, en medio de los conflictivos y violentos años treinta de Europa. Hizo una elección extrema, pero durante lustros pulió sus aristas más agresivas, bajó el tono belicoso, amortiguó conciliatoriamente sus audacias, con la destreza de un gran artesano intelectual, por la que siempre fue admirado. ¿Durante cuántos años amortizó esa deuda de sus años mozos?

Para su madurez lo aguardaba otra crisis política y social de mayor magnitud, no en la lejana Europa, sino aquí, a la vuelta de la esquina de su casa, en una secuencia de éxitos y fracasos en los que se comprometió personalmente y por escrito. Habría podido emigrar, como sus compañeros de promoción, para emprender una carrera de profesor internacional; pero, otra vez la ambigüedad y el dualismo, prefirió quedarse en su patria y al mismo tiempo dictar algún curso en el exterior y trabajar como consultor de un organismo internacional. Resultado: tensión, extrañamiento, soledad, lo de siempre⁹.

Se requiere pericia y buenos resortes mentales para absorber el amor que sentía por su país en el momento en que éste mostraba el rostro más prepotente y cruel de su sistema político; se requiere caridad e inteligencia para combinar/escribir, "sin esperanza y sin encono"¹⁰, ese amor en la interpretación cálida, perpleja, secretamente dolorosa que fue redactando por las noches en su apartamento neoyorkino de profesor visitante en los meses de abril y mayo de 1973.

Los "equilibrios uruguayos" daban tumbos dramáticos cuando se aflojaron los cojines y los resortes perdieron elasticidad. Antes de las elecciones nacionales de noviembre de 1971 se puso a revisar los mecanismos que estaban fallando, es decir: bajo peso de las fuerzas armadas (integradas al partido gobernante, el Colorado), fuerte urbanización, liberalismo doctrinario, extensión de las clases medias, redistribución del ingreso a través del Estado (impuestos, subsidios, artilugios cambiarios), nivel generalizado de consenso y conciliación, bajas tensiones sociales, indiferenciación ideológica y social en que cayeron los partidos políticos tradicionales. Tan "complejos equilibrios" no estaban destinados a engendrar cambios bruscos, excepto cuando el "entorno so-

cial e internacional le es hostil"¹¹. Entonces revelan su fragilidad y carencia de correctivos.

Detrás quedaba, quizá definitivamente enterrada, la posible aplicación del "modelo neocelandés" como propuesta decorosa e integrada con productivismo y modernización agraria, honestidad administrativa y cierto paternalismo/patronalismo social, que mencionó en el análisis antes citado. Se abrían las puertas para el avance del ominoso estilo "Alfa constrictivo", que ofrece el inconveniente, no visto ni previsto por Real de Azúa, que únicamente asistió a los comienzos del proceso, de no desarrollar nada excepto la represión.

La angustia por el destino de la patria chica está encerrada en los signos de interrogación que agregó y quitó al manuscrito de *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?* Sin los signos de interrogación, se afirma; con ellos se duda. Bipolaridad: tenía fe en su país, pero dudaba. Más que tener fe, sentía la necesidad de una fe. Recordemos su frase juvenil: "Sentimos la necesidad de una Fe. Los que la poseemos, los que no la hemos tenido, sabemos su valor"¹². La fe se conquista, se transforma, se pierde, se lucha por ella y hasta se seculariza. Pero Real de Azúa siempre la necesitó, que es la única manera de tenerla.

Aquello que había comenzado con cáusticas dosis de ironía sobre la sociedad amortiguadora que el batllismo modernizador había contribuido a crear -con su impulso y su freno- sobre las ruinas de una cultura tradicional que el Partido Colorado contribuyó a destruir, se reveló como un objeto querible y prolongable precisamente cuando la realidad aventaba el iluso paradigma y lo arrojaba a los basurales de la historia.

Las dudas surgen ahora de la relectura: ¿había sido auténticamente amortiguadora, era esa la peculiaridad del Uruguay? ¿No será que todas las sociedades en cualquier etapa de su desarrollo se fabrican cojines, protectores y toda clase de ortopedias destinados a atenuar y encauzar el conflicto social y la lucha interna? ¿Cuánta presión soportan esos dispositivos y qué dosis de aceite se requiere para lubricarlos? Ya que nuestra sustancia es la historia, introduzcamos la variable tiempo en la cuestionada metáfora mecanicista: ¿cuánto duran los amortiguadores, cuál es su vida útil?

Hace veinte o treinta años, el régimen y sus personeros políticos parecían practicar el "arte pacífico de la estupidez", según decía Henry James de uno de sus personajes. En su flacidez, el régimen se mostraba estable e impenetrable precisamente gracias a los fofos acolchados que le servían de gordura protectora. A principios de los años sesenta soportó bonachonamente los ataques contra su ineficiencia, mediocridad y corrupción; después se desconcertó, de allí pasó a la irritación y final-

mente reaccionó con una violenta, profunda carga de odio y resentimiento. Así cayó la máscara civilista de la clase gobernante (o dirigente, o dominante, o elite, o lo que sea), a la que tantas atenciones y microscópicos análisis dedicó Real de Azúa. Como un insecto examinado de cerca, lo pequeño dejó de ser hermoso y pasó a provocar horror¹³.

Hay partes de *Amortiguadora?* que ya han caído en desuso, inconveniente que comparte con muchos libros póstumos. Sedujeron a Real de Azúa, que dudaba pero necesitaba fe, las hipótesis acerca de una tendencia peruanista en el ejército y las extrañas versiones sobre lo que entonces se llamó "dialéctica de los cuarteles", cuando la oficialidad suspendió en 1972 las torturas a los guerrilleros y pasó a interesarse acerca de sus denuncias. Contempladas a la distancia, con mayor documentación y sobre todo con los resultados a la vista, esas maniobras pueden interpretarse, con malicia, como una obra maestra de inteligencia militar.

Las fuerzas armadas estaban por cierto divididas, igual que la sociedad uruguaya. La creación primero del Estado Mayor Conjunto y luego la purga interna que las desembarazaron de civilistas y hasta de izquierdistas, les concedió la cohesión y consistencia que necesitaba para transformarse en el partido militar, es decir, la derecha armada que ha sobrevivido y hoy tutela la democracia. Así se obtuvo la supuesta vía peruanista.

Además, el peruanismo fracasó incluso en Perú, donde la oligarquía pasó un buen susto y aquí tuvo un ataque de nervios. Por otra parte, no se conocen en el mundo planes de gobierno que surjan de entendimientos logrados en sótanos y cámaras de torturas, cualquiera sea el régimen que aplique la "máquina", como tampoco emergen soluciones políticas positivas de los servicios de inteligencia y espionaje. El fin de los Beria es habitualmente un tiro en la nuca¹⁴.

Todo esto se menciona, por vía incidental, a los efectos de señalar hasta qué punto Real de Azúa tenía necesidad de una fe en el país e incluso en sus propias teorías, que lo llevaban a encontrar signos y pruebas amortiguadoras precisamente cuando el acero de los cojines estaba fatigado por la intensidad y la violencia de los enfrentamientos sociales. Fue un gran analista de la vida política nacional, pero con frecuencia la esfinge uruguaya le resultaba un enigma insuperable. Entonces se miraba en ese espejo y lo acusaba de conservador.

Pocas veces en su obra la maniática obsesión de no ver el blanco y negro cuando ellos están delante, de matizar y ajustar la verdad para darle su justo punto, adquirió tonalidades más angustiosas que en *Amortiguadora?* Véase esta secuencia de negaciones: "Porque no ha sido, en verdad, la sociedad uruguaya una sociedad de bajas tensiones aunque sí

no lo haya sido de tensiones extremas"¹⁵. Luego de sortear el juego de lógica, el lector se pregunta qué clase de esponja utilizaba el ensayista para borrar la violencia, los motines, los asesinatos de presidentes, las guerras civiles y hasta las internacionales que el Uruguay padeció y hasta disfrutó durante el siglo XIX. ¿O se equivocó W. H. Hudson cuando dijo que nuestra tierra era purpúrea porque la regaba la sangre de sus hijos?

En la misma página, Real de Azúa rechazó las "opciones tajantes" porque "lo muchas veces decisivo puede no ser el «sí» y el «no», el «cero-suma», sino el «más» y el «menos». Quede claro, empero, que este alegato por el 'menos' nunca pretende acercar ese menos al cero ni negar zonas de alta tensión que queden en algún costado del argumento."

Si a alguien le quedara claro y pudiera apartar este pensamiento torturado por el matiz, sería posible contemplarlo en una gran perspectiva. Las especulaciones políticas y ensayísticas de Real de Azúa formalizaron un gran arco con dos puntos de apoyo de igual naturaleza: revolución y contrarrevolución en Europa y particularmente en España durante los años treinta; y procesos revolucionarios y contrarrevolucionarios en América Latina, con particular referencia al Uruguay. En un extremo del arco, como cimiento de apoyo, la revisión y ajuste de cuentas de la experiencia fundamental de su viaje a España, con la secuela inmediata del libro tantas veces comentado en estas páginas. En el otro extremo, otro viaje y otro libro, breve, sustancioso, simbólicamente póstumo, sobre su país, sufrido de cerca y contemplado de lejos, escrito en Nueva York y encerrado como un enigma entre signos de interrogación, dubitativos y agónicos: *Uruguay, ¿una sociedad amortiguadora?*

Para decirlo en términos dualísticos y de tipos opuestos, como a él le gustaba: octubre de 1917, caída del gobierno de Kerenski y toma del poder por los bolcheviques en Rusia; enero de 1959, huida de Batista y triunfo de los guerrilleros de Sierra Maestra. Adolescente, ya tenía conciencia política suficiente para que lo arrastrara la marea contrarrevolucionaria de los fascismos, de la que se sustrajo durante la segunda guerra mundial. En los años sesenta, en su madurez, opción entusiasta y comprometida con las corrientes renovadoras de la izquierda nacional. Ganó y perdió.

Fiel a su manía de pensar y actuar dialécticamente, al desencanto español siguió durante la segunda guerra mundial una conversión superficial a la democracia liberal, la adhesión a un candidato conservador del Partido Colorado (Blanco Acevedo) y una cautelosa compañía en la ruta de un demagogo rural de derecha en 1958 (Benito Nardone). Golpe y

contragolpe: sumado al experimento de la Unión Popular, 1962, continuó marchando lealmente con sus pares de grupo, clase o élite intelectual que mayoritariamente se integraron al Frente Amplio. Perdió con ellos.

En su apartamento de Nueva York, escribió "sin esperanza y sin encono" su tantas veces postergado ensayo interpretativo del Uruguay, que prometía desde 1955. Cuando se produjo el golpe de Estado de junio de 1973, dictó tímidamente en octubre y noviembre de ese año un curso de política internacional en el Ministerio de Relaciones Exteriores¹⁶.

Fue inútil la buena letra: sus antecedentes lo condenaron a la destitución y fue perdiendo todas sus cátedras. Vivía de ellas, no sólo en el sentido material; socrático y dialéctico, encontraba en sus alumnos la contradicción y confrontación que lo estimulaba para vivir y pensar.

Nuevamente se encerró para seguir escribiendo. Están fechados en 1975 dos trabajos. *El clivaje* encubre una filosofía de la historia, acuñada por el "qué nos ha pasado" y que surge comparativamente de confrontar la realidad latinoamericana con los éxitos económicos de Japón y de los ex dominios británicos. *Los estilos de desarrollo* retorna alusivamente al Uruguay en la consideración de los pequeños países y allí inventa, con acritud inconsciente, el estilo de desarrollo "Alfa o constrictivo" para mencionar las dictaduras militares contrarrevolucionarias de América Latina. El primero de los trabajos fue solicitado por el CIESU y el segundo por la CEPAL. Sus amigos se acordaron de él para estos encargos, que lo mantuvieron en vilo mientras la enfermedad lo atacaba.

Libró sus últimas polémicas con su casero. Solterón empedernido, seguía arrendando el apartamento que habían alquilado sus padres y que él no quiso abandonar cuando ellos murieron. En dormitorios que quedaron libres, en pasillos y recovecos, fue levantando, carpintero de sí mismo, las estanterías para sus libros. El personalmente había construido su laberinto, en el que se paseaba como un monje, apenas acompañado por su ama de llaves. Pero la abadía no era suya y el propietario la reclamaba. El mismo juego de estar y no quedarse, de resguardar su disponibilidad: no se mudaba, pero tampoco quería comprar en otro sitio. La partida resultó tablas.

O más bien ganó, perdió y empató, todo junto, como había sido su vida. No dio el brazo a torcer, logró seguir habitando la casa que fue de sus padres, entendiendo oscuramente que jamás debía abandonarla. Era su ónfalo, su centro del mundo. Independiente de toda consideración jurídica y de quien fuera el propietario, ese lugar le pertenecía, lo había hecho suyo colonizándolo y ensanchando sus lindes, como antes hizo con su

habitáculo, el ensayo, ambigua y fronteriza agencia verbal del espíritu. Si así fue, quizá triunfó sobre su casero, que era nada menos que el entonces intendente de Montevideo.

Su último combate fue contra la enfermedad. Murió al atardecer del sábado 16 de julio de 1977, a los sesenta y un años de edad, en un viejo sanatorio de barrio, frente a una plaza y una iglesia, casi un plácido escenario de aldea entre española y criolla. Fue velado en su ónfalo, su habitáculo, sobre su cama. En la mesa de luz, una simple vela amarilleaba el rostro delgado, que la enfermedad había afilado aún más. Era una figura del Greco. Esa noche lo acompañaron su hermana, algunos miembros de su familia y un único amigo.

Al día siguiente, domingo, aparecieron nada más que dos avisos fúnebres en la prensa. Ni una nota biográfica, ni un obituario de circunstancias, ni un suelto para la beatería conciliatoria y los estratos de concordia. El exilio interior era duro para los opositores. Así fue despedido públicamente uno de los grandes escritores y animadores culturales que tuvo el país. El Uruguay, padre cruel que expulsa a sus hijos a la emigración y margina a los disidentes que molestan por pensar, nada amortiguaba ni perdonaba en esa época tan poco generosa con los vencidos.

La soledad y el silencio duraron años.

NOTAS DEL CAPITULO VII

1 Las dos ref. en *España*, pp. 253/4. La "historia dudosa y ya prescripta" es quizá una alusión a la Convención Preliminar de Paz (1828).

2 Esta cita y las dos anteriores provienen de "¿Adónde va la cultura uruguaya?", publicado en *El Comercio* de Lima y reproducido en *Marcha*, 25 de octubre de 1957, No. 885.

3 *El impulso y su freno*, cit., p. 103. Puede consignarse, de paso, que los intelectuales crearon un nuevo deporte nacional: jugar al tiro al blanco contra el batllismo y con salvas que mucho tuvieron de despedida. Los de mayor puntería fueron Real de Azúa, Martínez Ces, Mario Benedetti, Carlos Martínez Moreno, Alberto Methol Ferré. Casi todos ellos integraron la Unión Popular (1962) y luego el Frente Amplio (1971).

4 *Los estilos de desarrollo y las pequeñas naciones*. CEPAL/BORRADOR/DS/124, División de Desarrollo Social, mimeo, Santiago de Chile, agosto de 1975. La *Revista de la CEPAL* publicó en su número del segundo semestre de 1977 una parte del documento, pp. 153/73.

5 Doc. CEPAL cit., p. 56. Así retoma alusivamente el excelente análisis sobre el desafío tupamaro que Real de Azúa publicó en *Uruguay hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, p. 232 y ss.

6 Doc. CEPAL cit., p. 49, nota 99.

7 *Webster's Dictionary*. Unabridged. Second Edition, 1968, p. 237.

8 *De los orígenes al Novecientos*. Capítulo Oriental No. 1, 1968, pp. 1 y 2.

9 Emir Rodríguez Monegal, en "Imagen estereoscópica de Carlitos Real", separata cit. de *Jaque*, relata que él y sus colegas trataron a Real de Azúa, durante un congreso, con las facilidades financieras y de recursos que concedían las universidades norteamericanas a los eruditos y estudiosos como él (como ellos). Vade retro.

10 *Amortiguadora?*, p. 13.

11 "Política, poder y partidos", en *Uruguay hoy*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971, pp. 176 y ss.

12 *España*, p. 84.

13 Varias alusiones se han deslizado en los últimos párrafos y ahora conviene explicitarlas. La posibilidad de que lo pequeño sea hermoso u horroroso, proviene de un sensato y agudo libro de un economista inglés, E. F. Schumacher, *Small is beautiful. Economics as if People Mattered*, New York, Harper & Row, 1973. Lamentablemente, Real de Azúa no llegó a conocerlo, pese a que cuando se encontraba en la Universidad de Columbia aparecía la edición en rústica, que se hizo muy popular entre los ecologistas. A Real de Azúa le habría interesado el libro, ya que se encontraba estrechamente vinculado a sus preocupaciones acerca de los países pequeños. Schumacher efectuó un análisis muy atendible acerca de la magnitud y escala de las organizaciones y postuló que para cada actividad hay una escala apropiada. También se refirió al tamaño de las ciudades, con reflexiones que son trasladables a la magnitud de los países. Real de Azúa consideró, por cierto, en el documento para la CEPAL, los casos clásicos de Atenas y Florencia, tentadores paralelos para el caso de Montevideo y su hinterland. Pero en su trabajo cepalino parece excesivamente fascinado por la gran magnitud, en un contraste demasiado opuesto con lo que había dicho en *España* sobre el Uruguay y el papel de los países pequeños.

En cuanto a Nueva Zelanda, las primeras referencias aparecieron de manera incidental en sus escritos y a propósito de Mezzera, hasta que que advirtió que agrónomos, estancieros y economistas rurales uruguayos tomaban muy en serio el ejemplo neocelandés, recibían becas para estudiarlo y recorrian personal y cuidadosamente las tierras de las dos islas del Pacífico. El experto neocelandés Mac Meekan asesoró durante años al Ministerio de Ganadería, en materia de praderas y

